

Enero 2008 1

BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Homilía del Cardenal Rouco Varela en la Catedral el día de Año Nuevo 00
- Ha brillado "La Estrella de la Familia" en el Portal de Belén 00
- Homilía del Cardenal Rouco Varela en la fiesta de la Epifanía 00
- La fiesta del bautismo del Señor, en el comienzo del octavario de oración. Por la
unidad de los cristianos 00
- Carta a todos los niños de Madrid con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera . 00

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decretos 00
- Nombramientos 00
- Defunciones 00
- Actividades del Sr. Cardenal. Enero 2008 00

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Acción de gracias por la restauración del Templo Parroquial de Santa María del
Castillo 00
- Visita Pastoral a la Parroquia de San Diego 00

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 00
- Defunciones 00
- Crónica de la jornada sacerdotal 00
- Actividades del Sr. Obispo. Enero 2008 00

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en la solemnidad de Santa María Madre de Dios, en la Catedral de Santa María Magdalena, en Getafe 00
- Homilía en la Solemnidad de la Epifanía del Señor, en la Catedral de Santa María Magdalena, en Getafe 00
- Homilía en la Jornada Mundial del emigrante y el refugiado retransmitida por TVE . 00
- Homilía con motivo de la profesión de sor María Magdalena en Valdemoro 00

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 00
- Defunciones 00

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXVI - Núm. 2796 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

HOMILÍA DEL CARDENAL ROUCO VARELA
EN LA CATEDRAL

1 de enero de 2008

Les deseo a todos ustedes un año nuevo lleno de gracia y de santidad. Hoy es la Misa del año nuevo, pero la Iglesia dice que es sobre todo la Misa de Santa María, Madre de Dios. Ella es con suma eternidad la que pone el comienzo de todos los años, que ya pueden ser nuevos desde Ella hasta cuando el Señor, su Hijo, vuelva en Gloria y Santidad.

El tiempo de los hombres comienza con la maternidad de una mujer que nos dio la vida, nos engendró en su seno, y que después nos dio a luz. Pues también la vida nueva de los hombres, la vida sin más que no parece nunca, ha comenzado con la maternidad de una mujer, una maternidad virginal, como decíamos y orábamos en la oración de colecta del principio de la celebración de la Palabra. Por Ella nos vinieron los dones de la Salvación, porque por Ella nos vino el autor de la vida, y de esa vida que no termina nunca. ¿Y cómo se relaciona esa vida con nuestra vida, la de todos los días? ¿El hombre vive varias vidas o una sola?

Acostumbramos a distinguir entre vida espiritual y vida corporal. Ciertamente todos son aspectos de una misma vida. Pero en el principio de la vida está el espíritu, el alma, que anima todo lo que somos, y donde tiene el hombre el centro de su personalidad, y donde el hombre decide sobre si acepta la verdad o la niega, si

acepta el bien o lo rechaza, si quiere vivir su camino, porque ciertamente la vida tal como la experimenta es camino, teniendo un fin que va más allá de lo que los sentidos alcanzan o no, si decide que lo más hondo de sí mismo, que expresamos como entraña, corazón, está dispuesto a vencer el odio y el pecado y a decidirse por el camino del amor y de la santidad.

Pues bien, al comenzar el año nuevo y al recordar la maternidad de la Virgen nuestra Señora, tenemos que recordar que los que hemos sido bautizados para la nueva vida hemos recibido de Ella el principio de la vida nueva que hace de nuestra alma y de todo nuestro ser hombres nuevos, y nos da la posibilidad de vivir ya, desde ahora, la plenitud de la vida, naturalmente peregrinando, progresando en ella, pero sabiendo que su fin es el de poder gozarla eternamente en el que es el principio de toda la vida, el Señor.

Ella es el instrumento providencial de Dios para que nosotros alcancemos la Vida, pero sobre todo, a través del Hijo de Dios, el autor de la vida, como dice la oración de la colecta.

Efectivamente, los hombres habíamos decidido hacer del tiempo y de la historia un camino más bien de muerte que de vida, y no teníamos capacidad para cambiar el rumbo de esa historia por nuestras propias y únicas fuerzas, estábamos hundidos en nuestros pecados. Tenía que venir aquel que es la vida, que es Amor, hacerse uno de nosotros y sumergimos en su propia vida y en su propio amor para que podamos decir de nuevo: pues sí, estamos con capacidad de vencer la muerte porque estamos con capacidad de vencer el pecado y vivir así ya el gozo de la nueva vida, en esperanza, porque no se nos ha dado por una vez y del todo, porque es imposible en el tiempo, pero como esperanza para la eternidad, esperanza de vivirla plenamente para la eternidad.

Vivimos en un tiempo en el que a veces parece que nos hemos olvidado radicalmente de esa verdad primera de nuestra historia personal y de la de toda la humanidad, desde el día en que el Señor nació en Belén. La muerte física nos acompaña, somos autores de ella de un modo que se opone radicalmente a la vida espiritual y que produce la muerte espiritual. La historia de los atentados contra la vida de nuestro tiempo, como recordábamos el domingo pasado en la gran celebración por la familia cristiana, está unida al rechazar muchas veces desde el momento de la concepción del ser humano esa vida, condenándola a la muerte antes de que nazca, y luego a través de los múltiples atentados contra la vida que

comete el hombre, y que al final son atentado contra la paz, y hacen imposible el vivir en esas condiciones mínimas para que esa vida pueda fructificar en el corazón y en la vida de los hombres que es la paz, la ausencia de violencia de unos contra otros, por lo menos eso.

Vida espiritual, vida corporal, vida física, gracia de Dios, santidad... son términos que significan realidades todas trabadas entre sí de una manera orgánica y viva. El que no está dispuesto a que en su alma llegue la vida de Dios, a que su voluntad, su corazón y su libertad se pongan al servicio de la acogida de la vida de Dios, no dejan fructificarla en su vida, llega un momento en que se convierte también en autor de muerte física, o una cultura en la que la muerte del hermano es algo habitual.

Vivir en este primer día del año 2008 la maternidad de la Virgen María a través del don del Hijo, del autor de la vida, significa para toda la Iglesia y para toda la sociedad en relación con la Iglesia una especie de llamada urgente a que nos abramos al autor de la vida en nuestras vidas, y que lo hagamos a través de la fórmula que Él escogió, que fue la de la Sagrada Familia de Nazaret, de su Madre María y de su esposo y su padre, José.

También nosotros accederemos a ese don de la vida y haremos lugar en nuestras casas al autor de la vida si nos configuramos como familia y vivimos la familia como el lugar primero del amor y de la vida. Si convertimos lo que el Señor nos dio en nuestro ser como marca de nuestro ser, el ser varón y mujer, ese primer dato fundamental que determina lo que somos, justamente para ser los colaboradores de Dios a través del amor para ser coautores procreadores de la nueva vida, y no solo de la nueva vida física, sino también de la nueva vida espiritual y humana.

La fiesta de Santa María Madre de Dios viene colocada entre la fiesta de la Sagrada Familia y la fiesta de la Epifanía del Señor. Toda una ayuda, recurso de pedagogía espiritual que la Iglesia pone a disposición de todos nosotros para ahondar en esa gran verdad, en esa gran dato de la vida que es saber de donde viene y de donde tenemos que buscarla.

Los israelitas sabían muy bien que solo la podían encontrar si se dejaban iluminar por el rostro de Dios, si dejaban que su bendición llegase a lo más hondo de su ser y del contexto en el que se envolvía su existencia personal y colectiva del pueblo.

También nosotros debemos recordar hoy en una sociedad en la que cuesta tanto dejar que Dios entre en las ideas, en el pensamiento, en la cultura, en todas las fuerzas y modos de configurarla, tenemos que dejarnos iluminar por el rostro de Dios y seguir lo que Él nos dice. Dejarnos iluminar por la estrella que guió a los magos como celebraremos el próximo domingo, y sobre todo por la ley suya y por el don de la gracia suya, por su Hijo. Tendremos que estar dispuestos espiritualmente como los pastores a acudir a Belén, mirar al Hijo, y contarlo a todos los demás, y dejar que la Virgen se admire por todo lo que nosotros decimos del Hijo.

De algún modo teníamos que pedirle a Ella que nos enseñe a admirar al Hijo, y que nos enseñe a recibirlo, a adorarlo de una manera tan sincera que Ella pueda admirarse de la gracia de los hijos que el Señor le ha dado: “qué hijos más buenos tengo”.

Sí, en la Navidad y en este domingo debemos de vivir espiritualmente y sacramentalmente a través de la celebración de la Eucaristía hasta la cuna de Belén con la disposición de adorar al Niño. En definitiva, ahí está la clave de toda la existencia del hombre: en si está dispuesto a adorar a Dios o no. Cuánto le cuesta al hombre adoptar esta actitud. En definitiva, ahí se juega uno el pecado como raíz de la vida, con su consecuencia que es la muerte o se juega uno la decisión y la actitud y el camino de la gracia y la santidad y, por lo tanto, el destino de su vida. Adoración exige humildad por parte del que tiene que adorar al Hijo de Dios. Solo los humildes como fue la Virgen, son capaces de entenderlo, de acogerlo y de vivirlo. Urge hacerlo porque el tiempo es el último. Estamos en el momento último de la historia de la humanidad en relación con Dios.

Decía San Pablo cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios hizo que su Hijo se encarnase de una mujer bajo la ley, pero para superar la ley y encaminar al hombre y a los hombres por el camino de la gracia y de la vida. Ciertamente urge el tiempo, a veces urge incluso por razones que nosotros podemos captar en la vida ordinaria. ¿Cómo no va a urgir que la familia y el don de la vida lo acojamos de otro modo del que venimos haciendo desde hace 30 años, si nos estamos haciendo todos mayores, y muy mayores, y estamos viendo como hay muy pocos niños? Una sociedad que ha hecho esa elección es una sociedad que no sabe adorar al Niño de Belén, que ha dejado de adorarlo, y por eso va encaminado a la muerte.

El domingo hemos hecho la afirmación de la familia cristiana en la Plaza de Colón de Madrid con la certeza de que la verdad de la familia cristiana es esencial

para nuestro tiempo, porque a través de ella y con ella, es posible adorar al Niño en Belén, es posible que la Sagrada Familia vuelva a ser el modelo de la historia de nuestras vidas y de nuestras familias, porque así es posible que de nuevo la vida brille en el corazón y brille en el horizonte de cada hombre y de toda la humanidad.

El Santo Padre nos ha dejado este día y para este día un bellissimo mensaje para el día de la jornada de la paz. Lo titula: “La familia, comunidad de paz”. Pues así es: una familia vivida y establecida según el plan de Dios, renovada y recuperada por la gracia del sacramento del matrimonio, por Jesucristo en una palabra. Inserta en la Iglesia y formando la base misma de la Iglesia. Está siendo una agencia de paz, así lo dice el Papa. La agencia de paz por excelencia, porque los hombres y las personas que salgan de ella tendrán sentimientos de gracia, amor, de paz y de verdadera vida. Y si la familia se recupera en el conjunto del mundo, la humanidad se organizará también según el estilo, el modelo y los sentimientos más hondos que animan a la familia cristiana. Y eso será el instrumento más valioso para garantizar un presente y un futuro de paz.

Vamos pues en esta Eucaristía a hacer de nuestra plegaria una plegaria por la familia cristiana y por la paz, colocando nuestra oración y nuestra plegaria en las manos de la Virgen, por cuya maternidad nos vino el autor de la vida y de la paz. Que así sea.

Madrid, 02 de enero de 2008

HABRILLADO “LA ESTRELLA DE LA FAMILIA” EN EL PORTAL DE BELÉN

Mis queridos hermanos y amigos:

El domingo pasado, Fiesta de la Sagrada Familia, hemos vivido un día “por la familia cristiana”, grande y gozoso. En la Plaza de Colón, lugar de históricos e inolvidables encuentros con el Siervo de Dios Juan Pablo II en 1993 y 2003, las familias cristianas de España se dieron cita para proclamar con sus Pastores el Evangelio de la familia y dar testimonio de los dones de vida y de amor que se reciben del Señor cuando se vive el matrimonio y la familia cristianamente. En un clima fervoroso de acogida de la Palabra de Dios y de oración por las necesidades espirituales y corporales de todas las familias de España, las propias familias fueron las protagonistas valientes y alegres de una celebración en la que experimentaron y compartieron el Misterio de Comunión que es la Iglesia, animada por el Espíritu Santo. Ese Espíritu de Amor y de Santificación, presente y operante en sus vidas por el Sacramento del Matrimonio.

“Si alguien nos pregunta –decíamos en nuestra homilía de la Plaza de Colón– por el significado de esta gran celebración, habría que contestarles: Las familias cristianas de España han querido ofrecer un testimonio público, festivamente expresado, de que en la experiencia cristiana de la familia se descubre, recibe y vive el gran don del Amor como primicia y vía imprescindible para vivir de amor y con

amor en todas las circunstancias privadas y públicas de la vida y para andar la peregrinación de este mundo con esperanza. Porque ‘amor saca amor’, diría Teresa de Jesús”. Esa respuesta continúa y continuará siendo nuestra respuesta. Obviamente la experiencia cristiana de la familia se basa y descansa en el reconocimiento pleno de la verdad del matrimonio según el plan de Dios: la de ser la comunidad íntima de amor y de vida entre el varón y la mujer, unidos por el vínculo de la fidelidad indisoluble y abiertos al don de la vida —a los hijos—. Verdad que se ve reflejada y realizada modélicamente, es más, sobrenaturalmente, en la Sagrada Familia de Nazareth, la de Jesús, María y José. Buscar otra explicación para comprender y caracterizar lo que fue única y exclusivamente un gran acontecimiento eclesial, que no sea la explicación pastoral, significa ignorar el origen, la naturaleza y la finalidad del acto.

En el centro del acto estuvo el Santo Padre, que desde la ventana del apartamento pontificio nos dedicó la parte central de su habitual mensaje del Ángelus Dominical. El Papa quería acompañar y estimular a nuestras familias en la fidelidad a la vocación recibida de esposos y padres cristianos y en la afirmación de la Verdad de la familia cristiana hacia dentro de la Iglesia y hacia fuera ¡hacia toda la sociedad! La Iglesia ¡toda ella!, pastores y fieles, sienten, junto con muchos ciudadanos que sintonizan con el reconocimiento de la verdad natural de la institución familiar, la delicada situación por la que atraviesa la familia en el momento actual de España y de Europa, conscientes de que su futuro ¡su suerte! depende esencialmente del bien integral de la familia y sabiendo, por supuesto, de que ellas, las familias cristianas, constituyen para la Iglesia la comunidad primera e imprescindible para la transmisión de la fe y su implantación en el mundo.

Sí, podríamos afirmar pues con toda razón que el Domingo pasado brilló para la Iglesia y para el pueblo y la sociedad en España, por una gracia especial del Señor, “su Estrella”, “la Estrella de la familia cristiana”; indicándonos que en el Portal de Belén encuentran el modelo, la inspiración y la fuerza espiritual para saber apreciar y acoger el don precioso de verdad, de amor y de vida ¡de felicidad verdadera! que han recibido en su vocación matrimonial y familiar, y para testimoniarlo ante el mundo con sencillez y fortaleza cristianas. En esa dirección de la familia cristiana habremos de mirar pastoralmente todos en la Iglesia en el año que acabamos de estrenar. En esa dirección estamos caminando en nuestra querida Archidiócesis de Madrid con la Misión Joven en la Familia en el presente curso pastoral y habremos de caminar en los sucesivos. No hay duda, “los signos de los

tiempos” nos reclaman actitud, disponibilidad y compromiso misionero con la Evangelización de la Familia.

A nosotros, a la Comunidad Diocesana de Madrid, nos ha correspondido la responsabilidad de recibir, dar cobijo y calor de comunión eclesial a la iniciativa de la gran celebración “por la familia cristiana” del pasado Domingo en la madrileña Plaza de Colón ¡Una verdadera y singular gracia del Señor para nosotros! La entrega generosa de tantos diocesanos de Madrid para dar cumplimiento a las exigencias de la llamada y del encargo recibido ha sido admirable por generosa y sacrificada ¡hasta la extenuación! Toda la Diócesis y, en primer lugar, su Pastor con sus Obispos Auxiliares, les debemos a los organizadores una sentidísima gratitud. De ella quiero yo hoy dar testimonio públicamente. En un plazo de tiempo escasísimo, con la contribución inestimable de la oración de nuestras comunidades de vida contemplativa, fueron capaces de ofrecer a la inmensa multitud de las familias cristianas venidas de Madrid y de toda España, el marco técnico, pastoral y litúrgico que hizo posible tan bella celebración. Gratitud que extendiendo de corazón a todas las familias madrileñas y a todos los madrileños que se volcaron con su proverbial estilo de fraterna y abierta hospitalidad en el recibimiento y acogida dada a todas las familias hermanas procedentes de los más diversos rincones de España. ¿Y cómo no resaltar el ejemplo de civismo ejemplar mostrado durante toda la jornada por parte de todos los congregados en “Colón”? Significaron un ejemplo patente e irrefutable de cómo la familia cristiana, edificada y vivida según el modelo de la Familia de Nazareth, produce unos efectos humanizadores impresionantes. Más aún, se revela como la verdadera “agencia de la paz”, de la que nos ha hablado el Santo Padre Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada de la Paz del primero de año, 2008. Y, gracias queremos dar en primer lugar al Santo Padre por su apoyo paternal y por sus palabras tan luminosas y fervientes, que tanto nos han ayudado y ayudan en la nada fácil tarea de emprender una renovada y comprometida pastoral de la familia. Y ¿cómo no? gracias humilde y piadosamente ofrecidas a Nuestro Señor Jesucristo, el Cabeza de la Iglesia y Pastor de los Pastores, porque nos ha impulsado y confortado con gracias especiales del Espíritu Santo, el alma de su Iglesia, en la preparación y en la realización del encuentro por “la familia cristiana” en el día de la Fiesta de la Sagrada Familia.

A la Virgen de La Almudena, nuestra Patrona, Madre de todas las familias madrileñas, encomendamos los frutos humanos, espirituales y eclesiales de esa celebración “por la familia cristiana”, con la que abríamos significativa y festivamente

las puertas del Año Nuevo, Año 2008, como un Año en el que urge promover la conversión a la verdad de la Familia; la conversión no sólo de las propias familias cristianas, sino también de toda la sociedad española.

Con todo afecto y mi bendición,

¡Santo y feliz 2008 para todos los madrileños!

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

HOMILÍA DEL CARDENAL ROUCO VARELA EN LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

6 de enero de 2008

En esta fiesta de su Epifanía, mostrándose a los magos que venían de Oriente, la Iglesia vuelve de nuevo a encontrarse con Él como el que viene a salvar, no solo a los hijos del pueblo de Israel, sino a todos los hijos de los hombres.

Celebramos en la Catedral de la Almudena, con toda solemnidad como siempre.

La historia se cuenta fácilmente. La hemos oído narrar proclamada como Palabra de Dios a partir del texto del Evangelio de San Lucas. Unos magos de Oriente buscaban a Dios. No se explica de otro modo el hecho de su peregrinación hasta Jerusalén para preguntar dónde está el Rey de los Judíos que acababa de nacer. Eran hombres de Dios, y la estrella que se les aparece era como una respuesta providencial a esa sed del Dios verdadero a quien buscaban. Reflejaba de algún modo lo que ocurría con el hombre de aquel tiempo o con la humanidad de su tiempo y de todos los tiempos hasta ellos. Habían perdido el conocimiento de Dios en plenitud, en verdad, con ello habían perdido el conocimiento del camino y del hilo conductor de la vida que lleva al hombre a la salvación, habían perdido el fundamento para la esperanza, como dice

nuestro Santo Padre, Benedicto XVI, en su reciente encíclica: “habéis sido salvados en esperanza”.

El hombre sin Dios y sin conocimiento claro y pleno de Dios se encuentra sin fundamento. No tiene explicación para sí mismo ni para su tiempo, y menos para el final del tiempo, que es la muerte. Ellos buscaban sinceramente a Dios con corazón recto, con alma limpia. La Iglesia los venera en Colonia en concreto donde dicen que están enterrados sus cuerpos como los Santos Reyes Magos. Algo tenía que pasar en aquellas vidas.

Por otro lado también reflejaban la expectación de la humanidad en aquel momento de la historia. Era como si se estuviese preparando algo, se estuviese cuajando algo en el seno de la humanidad, estuviese como creando un niño nuevo, una realidad nueva en el seno de la humanidad. Israel también lo esperaba. Él había sido el pueblo elegido para conservar lo más clara y limpiamente posible la noticia del Señor y Dios se la había revelado. Se la había revelado a Abraham, el padre de los creyentes. A aquellos les había dicho que Dios era el Dios de todos, no solo del pueblo que Él iba a escoger a partir de la descendencia suya. Moisés, los reyes, los profetas... los últimos de Israel cuando estaba a punto de llegar el Mesías, María, José, Juan, Isabel, Zacarías... Sí, se esperaba alguna intervención más allá de lo que los hombres podían suponer, y Dios intervino. Y le fue conocida esa intervención a esos magos de Oriente, gentiles, y se ponen en camino para adorar al que había nacido. Curiosamente, van a Jerusalén - buen sitio para enterarse de las promesas y de las profecías de Israel, pero era Jerusalén en la que el olvido de Dios, la manipulación de Dios, el poder de los hombres había adquirido una forma y un modo donde no se esperaba realmente la manifestación del Dios verdadero. Los sabios de Israel, los escribas, los fariseos sabían mucho, ciertamente, de la interpretación de la Biblia y de la historia de la Alianza con el pueblo de Dios, pero el corazón no estaba abierto a la venida clara del Dios prometido, del Mesías.

Sí, ellos reciben en Belén una respuesta muy erudita. Curiosamente la estrella desaparece cuando ellos llegan a Jerusalén. La estrella no está con Herodes, ni está con el Jerusalén de Herodes. La estrella de Dios está en otro sitio. Cuando abandonan Jerusalén por el camino de Belén, de nuevo la estrella les guía en el camino hasta colocarse en el establo de Belén donde estaba el Niño. Y allí lo encuentran con María y José en el seno de su familia y lo adoran, y le ofrecen lo mejor que llevan: oro, incienso y mirra. La Iglesia y la Fe del pueblo cristiano han interpre-

tado siempre esos dones simbólicamente. El oro es la oferta de todo lo que el hombre tiene, que no es suyo, sino que lo ha recibido de Dios, de algún modo las ofrendas, la donación que nosotros hacemos de nuestras cosas a Dios, devolver lo que hemos recibido a aquel de quien lo hemos recibido todo. Era un poner la riqueza humana a los pies del Mesías y del salvador, subordinándola al conocimiento de Dios y al amor de Dios. Y el incienso, un signo de adoración a Dios. Y la mirra que era un elemento que preanunciaba cómo iba a continuar la revelación del Niño como el Hijo de Dios y el salvador del hombre. Pues muriendo en la Cruz. Así lo adoraron los reyes magos al Señor. Era una Epifanía de Dios nueva la que había tenido lugar a partir de entonces y ha tenido lugar ya definitivamente a partir de entonces para todos nosotros.

Dios no se revela a través de formas humanas de poder, de formas humanas incluso de sociedad o de nación. La Epifanía a los magos rompe el estrecho círculo o marco en que Israel consideraba como un privilegio a proteger y a resguardar para sí de su relación con Dios, un Dios puesto a disposición de los intereses humanos, un Dios que se somete a los intereses del hombre. Es un Dios que se revela tal cual es, plenamente. Y el modo de revelarse es sencillo, humilde, muy paradigmáticamente, en el seno de una familia. Dios no se ha revelado, en su Epifanía primera ya a los pastores en Belén, poco tiempo antes de la llegada de los magos, y luego con los magos, el lugar de la revelación nueva y definitiva de Dios es una familia. María, Virgen y Madre, José esposo y virgen. Y de ese amor surge la humanidad que revela y que nos entrega y que nos da a Dios, el Hijo de Dios. Era esta forma de la Epifanía de Dios, y lo sigue siendo, un modo que choca con los poderes de hombre, un hombre que quiere ser poderoso o que somete toda su forma de concebir la vida y de realizarla a sus intereses personales o de grupo o los que sean. Dios se revela al final en la humildad de la carne de un niño, nacido de un matrimonio singular, pero singular no porque niegue lo más profundo del elemento que constituye un matrimonio, sino todo lo contrario, porque lo vive de una manera que sobrepasa las fuerzas de lo natural, para convertirse en una expresión plena del amor de Dios. Lo más pleno posible desde el punto de vista de su traducción en formas y modos humanos de amarse.

El amor entre María y José y el Niño Jesús no era inferior que el amor, ni mucho menos, ni en su forma de expresarse que el amor entre nuestros padres y a nosotros. Ese amor nuestro que vivimos ya incluso después de Cristo, incluso sacramentalmente lo viven ellos de una manera absolutamente radical y plena, hasta lo último de su posibilidad humana de expresión.

El día de la Epifanía primera del Señor ha supuesto siempre para la Iglesia una invitación de purificación personal e interior de la vida interna y de la vida personal de cada uno de sus hijos. ¿Creemos en el Señor tal y como Él se ha manifestado, buscamos a un Dios a medida de nuestros intereses, a un Cristo que nos interese a nosotros de la manera más facilota y más simple posible, más rutinaria posible, o creemos de verdad en su divinidad y en su humanidad también? Ciertamente era un hombre como otro cualquiera, menos en el pecado.

Y lo hemos vivido siempre, y este año igual, como una invitación a la misión, a llevar la noticia del Dios que se ha revelado en Jesucristo, la noticia de Cristo a todos los pueblos de la Tierra, a los gentiles que dicen los textos del nuevo testamento. Hay muchos todavía. Podíamos preguntarnos ¿cuántos gentiles viven en la Europa de hoy en día, y en la España del año 2008? Estoy seguro de que muchos. El fenómeno del niño no bautizado empieza a ser en Europa un fenómeno enormemente negativo y tremendo, pero empieza a darse en nuestra sociedad y en las familias de nuestro entorno. Y cuántas familias no son conscientes de que en ellas ha de revelárseles a los hijos a Dios a través de Jesucristo, de que ellas son las primeras estrellas para los niños que nacen y para las jóvenes generaciones a través de la historia.

En nuestra diócesis de Madrid hemos dedicado muchos años, vida y planes pastorales a la transmisión de la Fe, a través del sínodo diocesano que hace un poco más de dos años se ha dedicado a la transmisión de la Fe. Luego la Misión Joven y este año la Misión con las familias volvemos a poner nuestro acento y nuestra oración en ese gran compromiso y obligación de llevar a los niños en el seno de la familia y a su vez esta dentro en el seno de la gran familia de los hijos de Dios que es la Iglesia el conocimiento de Dios verdadero, a Cristo el Señor.

Y luego también en la sociedad habría que impulsar esa forma de acceder a Belén al estilo de los magos para que no se pierda en la historia del mundo y no se pierda a sí misma. Despertar en la cultura, en la sociedad humana en la que vivimos el deseo de Dios, el ansia de conocer a Dios, a Jesucristo como el Hijo de Dios, sobre todo en las sociedades de los países de tradición cristiana como el nuestro es una gran tarea para la Iglesia y para los cristianos. Ciertamente no ha desaparecido esa ansia, hay gente de muy buena voluntad, y otra más o menos entre la buena y la mala voluntad, la debilidad de la voluntad, siente la inquietud de que su vida no funciona, su familia no funciona, su matrimonio no funciona, la sociedad no funciona, porque se han olvidado de Dios. Y secretamente lo buscan. Entre nosotros eso

es como una invitación a aclarar esa forma secreta de buscar a Dios, y decir el sí claro, pleno y noble. Y luego decir que si eso no se configura a través de las familias fundadas según el plan de Dios, tampoco tendrá éxito. Una sociedad de familias que no están abiertas al plan de Dios, es una sociedad que se muere poco a poco. Se envejece y se muere espiritualmente. Y termina por envejecerse y morirse físicamente.

En la estrella de Belén los magos conocieron al hombre y al mundo a través del mundo. Pero conocieron también la fórmula primera y básica a través de la cual Él se comunica, la de la familia, la de la Sagrada Familia.

Vamos a pedirle al Señor en esta Eucaristía del 6 de enero, de su primera gran Epifanía, que nos ayude a seguirle, amarle y conocerle cada vez más, en el seno de nuestras familias y de la familia cristiana, y que nos ayude a la hora de descubrir nuestra vocación de ser testigos claros, abiertos y valientes de ese Señor que se ha revelado y de esa familia en la que se ha revelado.

Madrid, 12 de enero de 2008.

LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR, en el comienzo del Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos

Mis queridos hermanos y amigos:

Con la Fiesta del Bautismo del Señor se cierra el ciclo litúrgico de la Navidad y se completa la Epifanía del Señor. Dios no deja dudas desde el mismo momento del Nacimiento de Jesús en Belén acerca de quién es el hijo de María y de José. Se revela a los Pastores como el Mesías y el Señor; se revela a Simón y Ana cuando va a ser circuncidado en el Templo; se revela, sobre todo, a los Magos de Oriente, por medio de una estrella, como el Salvador de todos los hombres, israelitas y gentiles. Y, por supuesto, se había dado a conocer antes que a nadie a María, su Madre, inefablemente, desde el instante en que el Hijo Primogénito de Dios es concebido en su seno virginal por obra y gracia del Espíritu Santo; y, muy pronto, a José, su casto Esposo, cuando en medio de su natural desconcierto al ver a su joven esposa en cinta quiere abandonarla en secreto y el Ángel le explica que el fruto del vientre de María era fruto bendito del Espíritu Santo. Vendrá, luego, el período de la vida oculta de la familia en Nazareth con sus padres, María, la Virgen, y José, el carpintero, descendiente, sin embargo, de la Casa de David, interrumpido fugazmente sólo por aquella sorprendente peregrinación a Jerusalén para la Fiesta de la Pascua cuando Jesús, a los doce años, se queda en el Templo, sentado en medio de los Doctores, preguntándoles y contestándoles con tal empeño que se olvida de que ha de retornar con sus

padres a Nazareth. Episodio muy revelador también de la singularidad especial de la personalidad de aquél muchacho precoz, que vuelve al marco de su vida en el silencio de la Sagrada Familia de Nazareth, en el que crece en estatura, sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres, hasta que le llega la hora de la edad madura de los treinta años, según la tradición de Israel; la hora de presentarse públicamente ante los israelitas para iniciar su ministerio mesiánico, revelándose de nuevo de manera inequívoca como quien es: ¡el verdadero Mesías, el Salvador del hombre!

Sucede esto en Judea, a la orilla del Río Jordán, a donde accede para dejarse bautizar por Juan, el último y el más grande de los Profetas de Israel, que, intuyendo que el tiempo del cumplimiento de las profecías –o, lo que es lo mismo, la plenitud de los tiempos– estaba a punto de llegar, había convocado con su ardiente predicación al pueblo, conminándole a que se preparase para recibir al Mesías con un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Jesús, el Justo, se va a colocar en la fila de los que se sienten y confiesan pecadores y que se acercan a Juan para pedirle el Bautismo. Éste, que confiesa que no es digno de desatarle las correas de sus sandalias, se rinde ante la insistente y apremiante petición de Jesús y lo bautiza. Es, entonces, precisamente en el momento en que Jesús comparte la actitud penitente de los hijos de Israel que se reconocen pecadores, cuando el Padre les revela quién es: su Hijo muy amado y les manda escucharle; a la vez que el Espíritu Santo bajaba sobre Él en forma de paloma. Los que se preguntasen entonces y ahora quién era y quién es Jesús de Nazareth, recibían y reciben desde su Bautismo en el Jordán una nítida respuesta: es el Mesías, el Hijo de Dios hecho hombre, enviado por el Padre para salvar al hombre de su pecado por el don del Espíritu Santo, compartiendo hasta la muerte la suerte del hombre pecador. La Cruz se divisa ya –como enseña tan bellamente Benedicto XVI– desde el momento del Bautismo de Jesús en el Jordán como el horizonte y el camino de la salvación. Horizonte y camino que se irán clarificando y concretando más y más en los cortos y tensos años de su vida pública hasta llegar a la hora suprema del Calvario, en la que brota del costado de Cristo Crucificado el nuevo y definitivo Bautismo del agua y de la sangre: ¡el Bautismo en el Espíritu Santo!

¡Qué importante es para una vivencia actual de la fe y de la esperanza cristiana, espiritualmente y pastoralmente fecunda, la comprensión y la asimilación eclesial del Misterio del Bautismo del Señor! Solamente viviendo la urgencia de la conversión de los pecados y sumergiéndose en el agua nueva del Bautismo en el Espíritu Santo hay posibilidades para un hombre nuevo que nazca, crezca y madure

en gracia y santidad, superando el mal del corazón, el mal del pecado que mata el amor de Dios y del prójimo: ¡el mal de los males!

Nosotros, los cristianos, hemos pasado ya por “el nuevo Jordán”, el santificado por el Bautismo del Señor... ¿vivimos de verdad la condición de la novedad cristiana de la que somos partícipes desde el día de nuestro Bautismo? Urge en la transmisión de la fe, a través de la familia cristiana, volver a colocar el Bautismo en un lugar central de la catequesis y de la formación cristiana de los niños y de los jóvenes. Urge cuidar la evocación litúrgica y apostólica de ese día definitivo de nuestra historia personal para la inserción cristiana en la familia y en la sociedad, formando parte del nuevo Pueblo de Dios –de la Iglesia–, como el día de nuestro segundo nacimiento para la vida eterna y para la gloria.

¡Y qué importante es esa evocación vivida en la comunión de la Iglesia como el elemento teológico de coincidencia básica y punto esencial de partida para el recorrido ecuménico hacia la unidad de los Cristianos, buscada y pedida por el Señor! Retomar de nuevo el camino ecuménico desde la común condición de bautizados deberá ser nuestra principal tarea en la pastoral del Ecumenismo y el objeto de esa oración incesante a la que nos invita el Pontífice Consejo para la Unidad de los Cristianos para el presente año, el del primer centenario “del octavario por la unidad de la Iglesia”.

“No ceséis de orar”. Oremos, pues, con nuestra Madre, Nuestra Señora de La Almudena, y los frutos de santidad y unidad llegarán.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CARTAA TODOS LOS NIÑOS DE MADRID
CON MOTIVO
DE LA JORNADA DE LA INFANCIA MISIONERA

Domingo, 27 de enero de 2008

«Manos a la obra»

Mis queridos niños y niñas:

Hace pocos días, justo antes de la celebración del nacimiento de Jesús, nos reunimos, con motivo del Día de los sembradores de estrellas, en la catedral de Nuestra Señora de la Almudena para celebrar la Santa Misa y hacer el envío de todos vosotros a felicitar las Navidades a todas las personas que os ibais a encontrar por las calles, con el bonito gesto de ponerles una estrella en la solapa. Esta pequeña estrella significa la luz maravillosa que ha llegado a la tierra con la venida de Jesús. Ya no estamos en tinieblas, y con Jesús podemos vivir siempre con alegría y esperanza, sabiendo que todas las cosas, también las que nos hacen sufrir, si estamos unidos a Jesús, son para nuestro bien.

Seguro que al Niño Dios le alegró mucho veros a todos juntos, cantando, rezando y pidiéndole a nuestro Padre Dios por todos los niños del mundo. A mí

también me dio mucha alegría participar con vosotros en ese bonito encuentro. ¡Casi dos mil niños en la catedral! Me hubiera gustado saludaros a todos, uno por uno, pero como éramos tantos sólo pude saludar a una pequeña representación. Pero Jesús sí que os saludó a cada uno, porque a cada uno de vosotros os conoce y os quiere. Os miraba con cariño y estuvo a vuestro lado todo el tiempo, más aún, dentro de vosotros, durante esa mañana fría, pero en la que vuestra alegría por darle a conocer llenó de calor el corazón de muchas otras personas, niños y mayores, que se encontraron con vosotros.

Hoy os escribo con motivo de la Jornada de la Infancia Misionera, que se celebra el último domingo de este mes de enero, y es una forma de continuar la fiesta que comenzó el pasado 22 de diciembre, con la Misa que celebramos juntos. La Infancia Misionera nos recuerda algo muy importante: que los niños también sois misioneros y tenéis que llevar a Jesús a vuestros amigos y familiares, mostrándoles cuánto los quiere, porque muchos de ellos no le conocen, o no le aman como Él se merece y como todos necesitamos amarle para ser felices de verdad. De este modo, además, estamos viviendo maravillosamente lo que nos indica el lema de la Jornada de este año: “Manos a la obra”. Es como si se nos dijera: “¡A trabajar!”, pero no simplemente haciendo cosas, sino amando, y amando de verdad, ¡con obras!, ¡con las obras que nacen del amor grande que Jesús ha traído a la tierra, y que Él mismo nos lo enseñó así: “Amaos unos a otros como yo os he amado”! Si vivís con este amor, ya estáis siendo misioneros, que os habéis puesto de verdad “manos a la obra”, hagáis muchas cosas o pocas, estéis en casa o en países lejanos. Aunque hicierais muchas cosas, si no tenéis el amor de Jesús, no estaríais siendo misioneros, y no seríais felices. En cambio, unidos a Él, siendo verdaderos amigos suyos, la vida entera es distinta, y estaréis siempre “manos a la obra” porque amáis a todos y querréis hacerles felices, lo cual os hará más felices aún a vosotros mismos.

El Papa Benedicto XVI ha escrito una carta a los niños de Austria con motivo de esta Jornada, y les dice algo que también os dice a vosotros: “Quiero deciros que aprecio mucho vuestro compromiso en la Infancia Misionera. Veo que sois pequeños colaboradores en el servicio que el Papa presta a la Iglesia y al mundo; vosotros me sostenéis con vuestra oración y también con vuestro compromiso por difundir el Evangelio”. Es bonito, ¿verdad? El Papa sabe que vosotros, cuando rezáis, os acordáis de él y pedís por sus necesidades y, a la vez, sabe que cuenta con vosotros como verdaderos misioneros. ¡No le defraudéis! Y fijaos bien en lo que os sigue diciendo Benedicto XVI: “La amistad con Jesús es un don tan hermoso que no se puede tener sólo para uno mismo. Quien recibe este don siente

la necesidad de transmitirlo a los demás”. ¿Verdad que sí? Yo sé que, a veces, puede ser costoso, que hay otros niños que no os comprenden, o que se ríen cuando les decís que vais a Misa o que rezáis. Eso no tiene que importaros. Más aún, es una buena ocasión para que recéis por ellos, y para sentirlos más unidos con Jesús. Esos mismos niños que hoy no os entienden, algún día os agradecerán lo que rezáis y hacéis por ellos. Porque Jesús los quiere mucho a ellos también y no dejará de ayudarlos si vosotros se lo pedís.

En la catedral cantamos todos juntos el himno de Nuestra Señora de la Almudena, nuestra Patrona, y me gustó mucho comprobar que os lo sabéis casi todos. A la Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra, también le gusta que lo cantemos y recemos. ¡No dejéis de hacerlo! Todos los días hemos de dedicarle a Ella alguna oración, y también, aunque sea bajito, alguna canción bonita. Y en este Día de la Infancia Misionera os pido que acudáis a la Virgen, de modo especial, para rezar por los misioneros y misioneras que hay por todo el mundo. Muchos niños de todos los continentes han conocido a Jesús gracias a ellos, y eso nos llena de alegría, y de agradecimiento. Rezad, pues, a María por ellos, y también por mí y por toda la gran familia de la Iglesia en Madrid, para que todos sepamos ser verdaderos misioneros, muy unidos a Jesús y con el corazón abierto de par en par a todos los niños del mundo. Yo también rezo por vosotros a la Virgen de la Almudena, y le pido que cuide, como la Madre más maravillosa que es, de cada uno de vosotros y de vuestras familias.

Con un beso para todos, recibid mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETOS

DECRETO DE RECTIFICACIÓN DE LÍMITES DE LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL DE FUENCARRAL, DE MADRID

*Nos, Dr. D. ANTONIO MARIA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

La creación de las Parroquias de **Santa María Soledad Torres Acosta y de San Pedro Poveda**, desmenbradas de la de San Miguel Arcángel de Fuencarral, en el municipio de Madrid, exige proceder a la rectificación de los límites de ésta.

Vistos los informes del párroco afectado, así como del Arcipreste, del Sr. Vicario Episcopal y del Departamento diocesano de sociología, tras el visto Bueno del Consejo Episcopal, y oído el parecer favorable Consejo Presbiteral (c. 515 & 2º), en la sesión del día 29 y 30 de noviembre de 2007, por el presente

DECRETO LA RECTIFICACIÓN DE LÍMITES DE LA PARROQUIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL DE FUENCARRAL, DE MADRID

que en lo sucesivo serán los siguientes: "*Partiendo de la confluencia de la calle Nuestra Señora de Valverde con la M-603, carretera de acceso a la A-I, siguen*

por el eje de la misma, en dirección Este hasta las vías del ferrocarril, quedando dichas vías dentro de la parroquia, siguen por las mismas, en dirección Sur, hasta llegar a la altura del número 31 de la calle Antonio Cabezón, desde este punto continúan en línea recta imaginaria atravesando, en dirección Oeste, las vías del ferrocarril, de la calle Antonio Cabezón y la calle Isla de Java hasta encontrar la Avenida del Cardenal Herrera Oria en su confluencia con la Avenida de Llano Castellano; continúan por esta última, en dirección Sur, hasta la línea de Ferrocarril de Cercanías; siguen por ésta, en dirección Oeste, hasta la calle de Labastida y por el eje de la misma, en dirección Norte, hasta la calle Xaudará; siguen por ésta hasta su confluencia con la calle Llodio; continúan por el eje de la misma y su prolongación en la calle Sancho Niño hasta la Plaza del Doctor Cortés; desde este punto continúan por el eje de la calle Sandalio López hasta su confluencia con la calle Anastasia y por el eje de la misma hasta su encuentro con la calle San Cugat del Valles; siguen por ésta, en dirección Norte, hasta la calle Afueras a Valverde; continúan por la misma, en dirección Este, hasta la Glorieta Fuente de la Carra, desde este punto continúan, en dirección Norte, por la calle Nuestra Señora de Valverde hasta su confluencia con la M-603, carretera de acceso a la A-I, punto de partida.

Publíquese este *NUESTRO DECRETO* en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad Valvas Ecclesiae*" de las Parroquias afectadas.

Dado en Madrid, a quince de enero del año dos mil ocho.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal – Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

**DECRETO DE LA CREACIÓN DE LA PARROQUIA
DE SAN PEDRO POVEDA, EN MADRID**

*Nos, Dr. D. ANTONIO MARIA, del título de S. Lorenzo in Damaso,
Cardenal ROUCO VARELA, Arzobispo de Madrid*

La construcción de unas doce mil nuevas viviendas en el Polígono de Actuación Urbanística de Las Tablas y una mejor atención pastoral de los habitantes de la zona, aconsejaron iniciar el Expediente para la creación de dos nuevas Parroquias desmembradas de la parroquia de San Miguel Arcángel de Fuencarral.

Vistos los informes favorables del Rvdo. Señor Cura Párroco y Arcipreste, así como el del Ilmo. Sr. Vicario Episcopal y oído el parecer del Consejo Presbiteral (c. 515 & 2º) que, en sesión de fecha 29 y 30 de noviembre de 2007, emitió su voto favorable, por el presente

**DECRETO LA CREACIÓN DE LA PARROQUIA DE
SAN PEDRO POVEDA, EN MADRID**

desmembrada de la de San Miguel Arcángel de Fuencarral. Los límites de la nueva Parroquia serán los siguientes: *"Partiendo de la confluencia de la M-603, carretera de acceso a la A-1, con la M-607, carretera de Colmenar Viejo, siguen por el eje de la misma, en dirección Norte, hasta los límites municipales de Madrid-Tres Cantos, siguen por estos en dirección Este y su prolongación por las de Madrid-San Sebastián de los Reyes y Madrid-Alcobendas hasta llegar a*

la A-1, carretera de Burgos; continúan por el eje de la misma en dirección Sur hasta la altura de la calle Quintanavides, siguen por ésta hasta la plaza donde confluyen las calles Puente de la Reina, Saucedá y Valcarlos; continúan por ésta, en dirección Noreste, hasta el Paseo San Millán de la Cogolla y por el eje de este Paseo hasta su confluencia con la calle Redecilla del Camino; continúan por el eje de la misma hasta la calle Santo Domingo de la Calzada y por ésta, en dirección Norte, hasta la calle Castillo de Jaca, siguen por ésta en dirección Norte hasta la calle Isabel Colbrand la cual siguen en dirección Este hasta la calle de Federico Mompou y por ésta hasta la M-603, carretera de acceso a la A-1, continúan por ésta en dirección Oeste hasta la M-607, carretera de Colmenar Viejo, punto de partida".

Publíquese este *NUESTRO DECRETO* en el Boletín Oficial de la Archidiócesis y "*ad Valvas Ecclesiae*" de la nueva Parroquia y de la de San Miguel Arcángel de Fuencarral.

Dado en Madrid, a quince de enero del año dos mil ocho.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal – Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez

NOMBRAMIENTOS

Canónigos de la Santa Iglesia Catedral de Madrid

M. I. Sr. D. Juan Fernández Ruíz (10-1-2008).

M. I. Sr. D. Manuel González López-Corps (10-1-2008).

DEFUNCIONES

El día 8 de Enero de 2008, falleció Monseñor MARIANO HERRANZ MARCO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Baldací (Guadalajara) el 11-2-1928. Fue ordenado en Madrid el 19-5-1951. Prelado de Honor de su Santidad: 8-8-1994. Fue Ecónomo de Robledo de Chavela y encargado de Valdequemada (1951-1953). Coadjuntor de San Sebastián (1953-1957). Capellán del Orfanato de San Ramón y San Antonio (1957-1987). Capellán de las benedictinas de San Plácido (1987-1990). De 1953 a 1962 estudió lenguas semíticas en el Instituto Francisco Suárez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Durante el Curso 1962-1963 realizó estudios en la Escuela Bíblica San Esteban de Jerusalén. Desde Octubre de 1973 fue profesor del Seminario. Estaba jubila-

do.

El día 17 de Enero de 2008, el sacerdote D. VÍCTOR MARTÍNEZ MARTÍNES, diocesano de Madrid. Nació en Rueda (Guadalajara), el 26-2-1945. Ordenado en Sigüenza (Guadalajara) el 14-9-1970. Incardinado en Madrid el 16-9-1994. Fue ecónomo de Extremera (1978-1980), Coadjuntor Provisional de Nuestra Señora de la Soledad (1979-1980), Coadjuntor de San Raimundo y Encargado de la Celse (1981-1987), Capellán del Sanatorio Virgen de la Torre, desde 1987, Coadjuntor de Patrocinio de San José (1991-1992)

El día 17 de Enero de 2008, falleció a los 95 años de edad, Don ANTONIO HUERTAS; padre del Sacerdote Diocesano Andrés Huertas Manjíbar, pro-

fesor de Religión del Instituto Gran Capitán y Director de CEFOR en la Vicaría III, de la que fue secretario.

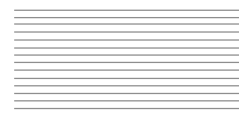
El día 18 de Enero de 2008, a los 85 años de edad y 62 de vida consagrada, la Hna. MARÍA JACOBINA (ROSARIO) ESCALERA GUERRERO, monja salesa, del Tercer Monasteri de la Visitación de Santa María.

El día 19 de Enero de 2008, el Rvdo. Sr. D. FÉLIX ARRIBAS GARRIDO, sacerdote diocesano de Madrid. Había nacido en Lastras de Cuellar (Segovia), el 11-6-1927. Ordenado en Barcelina (Congreso Eucarístico), el 31-5-1952. Incardinado en Madrid el 12-11-1996. Desde 1996 desempeñó el Ministerio Sacerdotal en la Basílica Pontificia de San Miguel, de la que fue Rector durante muchos años. Estaba jubilado.

El día 25 de Enero de 2008, el Rvdo. Sr. D. PEDRO HERRANZ VICAÍNO, diocesano de Madrid. Nació en Setiles (Guadalajara), el 18-5-1938. Ordenado en Madrid el 27-5-1961. Fue Ecónomo de Alapardo Y Encargado de Valdeolmos (1961-1964), Coadjuntor de San Antonio de la Florida (1964-1982). Coadjuntor del Santísimo Corpus Christi (ahora Nuestra Señora del Buen Suceso), desde 26-11-1982

El día 25 de Enero de 2008, el Rvdo. Sr. D. Pablo García Pérez del Río, diocesano de Madrid. Nació en Previas (Asturias) el 30-3-1941. Ordenado en Oviedo el 27-8-1967. Incardinado en Madrid, el 9-3-1987. Fue ecónomo de Santo Domingo de la Calzada (1972-1981), Ecónomo de San Pablo (1981-1997). Miembro del Consejo Presbiteral (1983-1995 y 2000-2003), Párroco de Santa Eugenia, desde 6-9-1997. Arcipreste de San Pedro Ad Víncula (200-2006). Miembro del Colegio de Consultores (2000-2006) y miembro del Tercer Sínodo Diocesano (22-1-2005).

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. ENERO 2008

Día 1. Misa en la Catedral, en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

Día 6. Misa en la Catedral en la Epifanía del Señor

Día 8. Consejo Episcopal

Día 9: Cena en El Pardo con motivo del 70 cumpleaños del Rey

Día 10. Comité Ejecutivo CEE

Día 12. Clausura de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Santa Cristina y San Leopoldo, en la parroquia de San Leopoldo.

Día 13. Misa en la Catedral en la solemnidad del Bautismo del Señor

Misa en la parroquia del Bautismo del Señor

Del 14 al 18: Ejercicios Espirituales

Día 19. Consagración en la Catedral del P. Juan Antonio Martínez Camino, SJ

Día 20. Misa en la Jornada de las Migraciones

Del 21 al 22: Roma, reunión de la Congregación para la Educación Católica

Día 23. Ofrenda floral a la Virgen de la Almudena del Congreso de Víctimas del Terrorismo del CEU, en la Catedral

Día 26: Día del Militante

Confirmaciones en la parroquia San Ignacio de Loyola

Del 29 al 31: Comisión Permanente de la CEE

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

ACCIÓN DE GRACIAS POR LA RESTAURACIÓN DEL TEMPLO PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DEL CASTILLO

Perales de Tajuña, 20 de enero de 2008

Lecturas: *Is* 49, 3.5-6; *1 Co* 1, 1-3; *Jn* 1, 29-34.

1. En esta liturgia de hoy queremos dar gracias a Dios por el regreso de esta comunidad parroquial a su templo restaurado, después de más de dos años de ausencia por razón de las obras la comunidad vuelve a su hogar.

El texto de Isaías, que hemos escuchado, anuncia proféticamente a Jesucristo. Isaías, que vivió unos seiscientos años antes de Cristo, se refiere en su profecía al Mesías, considerado como “Siervo de Yahvé”, como el que hace la voluntad de Dios. Dice así: «Poco es que seas mi siervo (...). Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (*Is* 49, 6-7).

Jesús, el Hijo de Dios, el Mesías, no solamente ha sido el siervo obediente, que ha hecho siempre la voluntad del Padre, sino que se ha convertido en luz de todos los pueblos. A partir del nacimiento de Jesús una luz nueva ha inundado la tierra, como hemos celebrado en los días de Navidad: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz» (*Is* 9, 1-2).

2. ¿Qué ocurrió en este pueblo de Perales hace centenares de años? Cerca de aquí pasaba una calzada romana, en dirección hacia el mar de Levante. Hubo unos hombres, discípulos de Jesús, que se fiaron de él, creyeron en él y fueron enviados a predicar por todo el mundo. El texto de Isaías dice: «Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (Is 49, 6).

Los testigos de Jesús pasaron por esta calzada romana y predicaron a Jesucristo. La luz de la fe, que llevaban en su corazón, fueron sembrándola en los pueblos por donde pasaban; y también prendieron esta llama en los vecinos del Castillo. Los historiadores nos dirán cuándo ocurrió eso, si tienen datos. El hecho innegable es que ocurrió así. Fuera en época romana, en época visigótica o en época posterior, lo cierto es que a las gentes de esta comunidad algún cristiano les anunció el Evangelio.

3. Aquí prendió la llama de la luz de la fe, la luz de Jesucristo; y aquí nació una comunidad cristiana que vive la fe; aquí prendió el fuego del hogar cristiano. La tarea de todos los miembros de esta familia es que no se apague este fuego; que la llama de la luz de la fe se mantenga siempre viva.

El pueblo de Israel valoraba mucho el fuego divino, que descendía del cielo y se usaba para realizar acciones rituales: el fuego de Dios quemaba y consumaba los sacrificios. El fuego divino debía estar encendido permanentemente; este elemento era común a varias religiones. En la religión romana las vírgenes vestales estaban encargadas de mantener el fuego sagrado.

Recordad que el profeta Elías, oponiéndose a todos los falsos profetas de Baal, pidió a Dios fuego del cielo, que hizo arder la víctima descuartizada y mojada con muchos cántaros de agua (cf. *1 Re* 18, 32-39).

4. En la historia del pueblo de Israel hay un pasaje precioso, que narra la conservación del fuego divino. Cuando el pueblo marchó desterrado a Persia, los sacerdotes escondieron el fuego divino en un pozo seco, esperando encontrarlo encendido cuando pudieran regresar. Cuando, muchos años después, volvieron del destierro, fueron al pozo para recuperar el fuego divino, pero no lo hallaron. Vieron, sin embargo, un líquido viscoso, como “agua densa”. Y en atención a que habían dejado el fuego divino allí, hicieron un sacrificio de acción de gracias, mojando con esa “agua densa” la leña y los animales descuartizados para el sacrificio; sin saber

cómo el sacrificio empezó a arder (cf. *2 Mac* 1, 19-22). En realidad lo que creían que era “agua densa” era probablemente brea o pez.

Esta comunidad cristiana de Perales recibió el fuego de la luz de la fe y lo ha ido manteniendo permanentemente durante todos estos centenares de años. Este fuego no se tiene que apagar. Sois vosotros, queridos fieles de esta parroquia, a quienes les corresponde la misión de mantener encendido el fuego divino, la llama de la fe y propagarlo a otras generaciones.

Simbólicamente habéis ido al destierro, como decía vuestro párroco, durante más de dos años; habéis estado fuera del templo parroquial, fuera del hogar. Ahora regresáis de nuevo al templo, pero el fuego no se debe apagar. Ahora que tenéis un hermoso templo restaurado, se os pide que profundicéis en la luz de la fe cristiana y pongáis el fundamento, que es Jesucristo (cf. *1 Co* 3, 11).

5. En la segunda lectura hemos escuchado que Jesucristo es la piedra angular del edificio (cf. *1 Pe* 2, 7). La estructura de este templo está formada por piedras, que son puntos clave para sostener el edificio. Simbólicamente Jesús es llamado por Pedro “piedra angular”; él es la piedra donde se asienta todo el edificio de la Iglesia; donde se asientan nuestras comunidades; donde arrancan las virtudes teologales: la fe, la esperanza cristiana y el amor. Jesucristo debe ser el fundamento y la base de toda nuestra vida, como hombres y como cristianos. Él está simbolizado por este altar, que hoy vamos a bendecir.

Los demás somos piedras de diversas formas y tamaños: pequeñas o grandes, esféricas o cuadradas, romas o puntiagudas, que formamos el resto del edificio. Todos somos piedras vivas de la Iglesia: «También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (*1 Pe* 2, 5).

6. Apoyados en el fundamento, que es Jesucristo, hemos de construir sobre él de manera armónica. Un montón de piedras no forma una casa, ni puede ser un templo. Un templo es un conjunto armónico: de elementos, de líneas, de fuerzas, de belleza, puestos en orden y con un plan.

Cada piedra viva debe ocupar su lugar propio: el que Dios le ha asignado; no puede elegir cada uno el lugar que le plazca, sino el que nos pide el Señor. En la

construcción cada uno tiene su trabajo específico; y si cada uno no hace el suyo, no lo hará nadie.

Os pido, hermanos, que, una vez reconstruido y restaurado el templo parroquial, restauremos ahora espiritualmente la comunidad cristiana de Perales, sobre el cimiento que es Jesucristo; sólo él puede ser el fundamento de esta construcción hermosa. Profundicemos y desarrollemos nuestra fe cada día más y construyamos todos sobre el fundamento verdadero, que es Jesucristo.

Hay gente en Perales que necesita hoy que se le anuncie el Evangelio. Al igual que algún cristiano, al pasar por la calzada romana, anunció el Evangelio y sigue vivo, hemos de hacer lo mismo nosotros; hemos de llevar la llama de la luz del Evangelio a todos los hogares y propagarla.

7. Hemos escuchado en el Evangelio de hoy que Juan el Bautista fue testigo del Señor y cuando vio venir a Jesús dijo de él: «He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (...) Yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios» (*Jn* 1, 29.34). Juan confiesa que Jesús es el verdadero Mesías, el Hijo de Dios. Vamos a pedirle al Señor que hagamos lo mismo que Juan el Bautista.

Vamos a bendecir el altar, que es el lugar de la ofrenda, donde Cristo se ofrece y nosotros nos ofrecemos con él. El altar es símbolo de comunión y de paz; es como es el fuego del hogar, que nos reúne y nos calienta a todos. El altar es el lugar de la presencia de Dios. Unámonos en torno a este altar, donde se ofrecerá Jesucristo y nosotros nos ofreceremos con él, realizando el memorial de su sacrificio en la cruz y de su resurrección.

Agradezcamos a Dios la renovación y restauración del templo. Y démosle gracias también porque un día trajeron la luz de la fe a esta comunidad, a esta población del Castillo. Pidámosle que la luz de la fe católica no se apague jamás en esta comunidad cristiana.

¡Que Santa María del Castillo nos ayude a vivir como verdaderos cristianos en esta difícil época descristianizada! ¡Que la Virgen nos acompañe y nos proteja con su maternal intercesión! ¡Que así sea!

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SAN DIEGO

Alcalá de Henares, 27 de enero de 2008

Lecturas: *Is* 8, 23 – 9, 3; *1 Co* 1, 10-13.17; *Mt* 4, 12-23.

1. Lucha entre luz y tinieblas

1. Las lecturas de hoy nos ofrecen tres imágenes preciosas, cada una con su contenido y profundidad. Os invito a que reflexionemos sobre ellas. La primera imagen, del libro de Isaías, que viene citada después por el evangelio de san Mateo, es la de lucha entre la luz y las tinieblas.

En el Evangelio de san Juan se puede ver, con gran claridad, la lucha entre luz y tinieblas. Cristo es la luz que viene a este mundo, para salvar al hombre: «La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jn* 1, 9). La Palabra eterna de Dios se hace hombre y desde ese momento empieza una lucha entre luz y tinieblas; las tinieblas rechazan esa luz, pero «la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (*Jn* 1, 5).

El evangelio de Mateo, que hemos escuchado hoy, recoge la imagen de Isaías, leída en la primera lectura, en la que dice: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en paraje de sombras de muerte una luz les

ha amanecido» (*Is* 9, 1-2). Este es un texto que hemos meditado durante los días de Navidad: el nacimiento de Jesús significa la aparición de la luz entre los hombres.

El pueblo al que se refiere el texto bíblico es la Galilea, el norte del país de Jesús, considerada como una encrucijada de caminos. La Galilea está considerada también por el profeta como un país de gentiles, de paganos, de no creyentes.

2. También muchas veces nosotros somos tinieblas y nos cuesta aceptar la luz. Ponemos corazas y barreras, para que esa luz no penetre dentro de nosotros. Ante esa luz que nos llega, que es Jesús, abramos el corazón y dejemos que nos ilumine y nos penetre. A veces no cambiamos porque estamos más cómodos con nuestra forma de ser, de pensar, de actuar; quitémonos las vendas, que nos hemos colocado, porque nos resultan cómodas. Abrirse a la luz implica novedades, que tal vez a uno lo desestabilizan y lo sacan de su cómodo “sillón”.

Con la imagen de la luz se nos invita a dejar nuestro corazón abierto, para que la luz del Señor penetre en él. Si dejamos que nos ilumine y somos un poco más cristianos, entonces podremos ayudar a otros, que también tienen vendas en los ojos, a que vean la luz de Cristo y dejen de ser paganos.

3. En nuestra Parroquia de san Diego y en nuestra querida Ciudad de Alcalá de Henares hay, probablemente, muchos paganos. Algunos se confiesan teóricamente cristianos, pero en la praxis viven como auténticos paganos. A todos tiene que llegar la luz de Jesucristo.

Os animo, con motivo de esta Visita pastoral, a que os dejéis iluminar por el Señor y a ser testigos de su luz en vuestro barrio, en vuestra parroquia, en vuestro ambiente, en el trabajo y en la familia.

La Virgen María, cuya imagen de la advocación de “Virgen del Val” nos acompaña en estos días de Visita pastoral, fue la persona humana que mejor supo acoger la luz de Cristo. Ella la acogió en su seno y se dejó impregnar e iluminar completamente por esa luz. Por ello se la llama “Estrella de la Evangelización”, “Luna” que refleja la luz del sol, Jesucristo. Ella nos puede ayudar para que la luz de Cristo penetre en nosotros y seamos testigos de ella.

2. El Reino de los cielos

4. La segunda imagen que nos ofrece el Evangelio es la del Reino de los cielos. Jesús recorre las ciudades de alrededor del lago de Genesaret, proclamando: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado» (*Mt 4, 17*).

Esta imagen evangélica del Reino nada tiene que ver con reinado humano alguno, oligarquía, democracia o sistema político de este mundo. No la comparemos con ningún tipo de reino del mundo, ni de opción social o política, porque no tiene nada que ver con eso.

Es una imagen evangélica empleada para reflejar la presencia de Dios entre los hombres. El Reino de Dios, o Reino de los Cielos, se hace presente en el mundo cuando Cristo viene a vivir entre los hombres. El Reino de los Cielos es la presencia de Dios ente los hombres, la presencia de Cristo entre nosotros. También se hace presente en Alcalá, en el barrio donde está ubicada a parroquia de san Diego, en nuestras familias, en nuestros corazones: «El Reino de Dios está cerca de vosotros» (*Lc 10, 9*); no lo busquéis fuera.

El cristiano ha sido iluminado en el bautismo por la luz de Jesucristo; por eso la luz está dentro de él; y la gracia de Dios lo transforma, haciéndolo hijo de Dios y miembro de la Iglesia, capaz de relacionarse con la Trinidad Santa. En el bautismo se nos regaló una semilla de inmortalidad, que crecerá hasta de vida eterna; es la semilla de la fe, la esperanza cristiana y el amor: las tres virtudes teologales, dones del amor divino.

3. Seréis pescadores de hombres

5. La tercera imagen, que nos ofrecen las lecturas de hoy, es la de Jesús, junto al lago, llamando a unas personas como discípulos suyos. Había dos hermanos, dedicados a la pesca, Simón, llamado “Pedro”, y Andrés. Cerca de allí había otros dos hermanos, los hijos de Zebedeo: Santiago, que murió muy pronto tras la resurrección del Señor, decapitado en Jerusalén, y su hermano Juan, el evangelista; ambos eran también pescadores.

Unos estaban con su padre en la barca; otros remedaban las redes. El Señor les dijo: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres» (*Mt 4, 19*),

invitándoles a dejar las redes, la barca, la familia, para confiarles una misión importante: Ser pescadores de hombres.

6. Las tres imágenes tienen relación entre sí: la luz, el Reino y la llamada a ser pescadores de hombres. Quien ha sido iluminado puede ayudar a que otros reciban la misma luz: eso significa ser pescador de hombres. Quien lleva el Reino dentro de sí, puede ser testigo de ese Reino amor, verdad, justicia y paz: eso es ser también pescadores de hombres.

El Señor nos llama a todos los cristianos a ser testigos de su Reino, de su luz y de su amor. Esta misión no es exclusiva del Papa, ni de los obispos, ni de los sacerdotes y religiosos, sino que es tarea de todos. Esta triple misión la hemos recibido todos en nuestro Bautismo. Hemos sido hechos misioneros por el Señor por gracia bautismal. Todo fiel cristiano tiene esa misma misión, porque todos hemos sido bautizados y el Señor nos ha regalado a todos la misma gracia, la misma luz, el mismo Reino y la misma misión.

Lo único que difiere es la forma en que unos y otros la realizan; cambia la manera, pero no es menor misión la del laico que la del sacerdote, religioso, monje, misionero, obispo o Papa. Os animo, pues, a que asumamos las responsabilidades que se derivan de nuestro bautismo.

7. La Parroquia de san Diego debe ser necesariamente misionera. No puede quedarse mirándose el ombligo. Si vive de veras el Evangelio debe proclamarlo. La Parroquia de san Diego somos todos nosotros, sin excepción; incluso los niños. Hoy celebramos la Jornada de la “Infancia Misionera”, animando a los niños a ser misioneros.

Con estas tres imágenes el Señor nos quiere animar hoy a vivir nuestra fe con mayor conciencia, con mayor profundidad y con mayor corresponsabilidad. Entre todos formamos la Iglesia, formamos la Parroquia y entre todos debemos llevar adelante la misión que el Señor nos ha encomendado.

María, la Virgen del Val, que ha recibido la luz y nos la ha entregado, es la mujer que ha sabido vivir el Reino de los Cielos dentro de ella y ha sido la gran discípula de Jesús. Pensad en la cantidad de hombres que ha pescado en estos dos mil años de historia de cristianismo.

4. La Visita pastoral a la parroquia de san Diego

8. Al principio de la Visita pastoral, ante un grupo numeroso de gente, el párroco, D. Ángel, me dijo que estuviera entre vosotros como en casa; que viniera a descansar, como Jesús hacía, cuando se retiraba con sus discípulos al monte, o al lago: «Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco» (Mc 6, 31).

Estos días han pretendido ser un encuentro personal y familiar con vosotros. He podido dialogar con calma con diversos grupos; he visitado enfermos; hemos dedicado momentos a la oración personal y comunitaria. Se ha buscado la cercanía del obispo con la comunidad concreta de san Diego.

Aunque haya visitado anteriormente varias veces esta parroquia, y haya celebrado la Eucaristía en todas las parroquias de la Diócesis, me gustaría realizar con mayor frecuencia la Visita pastoral, pero no es fácil, porque la Diócesis es grande.

Han sido unos días de compartir, de cercanía, de conocernos mejor, de poder comprobar, por parte de los fieles, que los obispos no desconocen las comunidades cristianas ni “están en la luna”. El obispo está muy cerca de vosotros por los lazos de fraternidad y de solicitud paternal. Deseo mantener esa cercanía con vosotros y os tengo muy presentes en mi corazón.

9. Esta mañana una feligresa me ha preguntado: “¿Qué le ha parecido nuestra parroquia?”, como buscando una calificación. Como os he dicho, la realidad de la parroquia ya la conocía; al acercarme más a ella la valoro cada vez más, porque sois un grupo de cristianos comprometidos. Pero no se pone calificación.

El Señor siempre nos pide más: Mayor compromiso, mayor profundidad, mayor fraternidad, mayor corresponsabilidad. Lo que deseo es animaros a seguir adelante.

Sigue habiendo mucha gente a nuestro alrededor que aún no conoce a Jesús; muchos han oído hablar de él; bastantes incluso están bautizados y tienen dentro de ellos la fe muy apagada. Otros tienen una visión tan distorsionada de la religión católica, que no se parece a la realidad; desconocen la verdadera figura de la Virgen, la misión del Papa y la de los obispos. Hemos de plantearnos cómo

ayudarles a descubrir la verdad; cómo ayudarles a quitarse las telarañas, que tienen en los ojos. Pero para ello no hay recetas.

10. El compromiso bautismal nos exige a todos los cristianos dar testimonio. Los obispos solemos hablar muchas veces ante los medios de comunicación, publicamos notas de prensa, escribimos sobre temas importantes: la familia, el aborto, el divorcio, los problemas sociales y económicos, las diferencias sociales, la pobreza, y tantos otros temas.

A menudo lo hacemos los obispos, porque los fieles laicos no hablan. Si hubiera más grupos, más foros, más asociaciones, más presencia de fieles cristianos laicos en la sociedad, los obispos os dejaríamos la palestra; y ganas tenemos de ello.

Jesús fue la voz de los pobres, necesitados, enfermos y maltratados por la sociedad de entonces. Nosotros hemos de ser voz, brazo, luz, ojos, pies de todos ellos. La Iglesia es la voz de los sin voz; la voz de los no nacidos, porque los no nacidos no pueden hablar y decir: “No me asesinéis”; la voz de los pobres, de los débiles, de los pisoteados por el poder; la voz de los que están en la cárcel. D. Matías, el Coadjutor, realiza una labor pastoral encomiable en la cárcel de Alcalá.

Ante todos estos problemas, ante las tinieblas que quieren apagar la luz, ante esas aguas turbulentas que no dejan pescar, ante esos reinos que quieren imponerse al Reino de los Cielos, nosotros hemos de ofrecer nuestro testimonio de fe.

Le pedimos a la Virgen María, bajo la advocación de “Virgen del Val”, que nos ayude a asumir nuestro compromiso bautismal y a mantener la luz de fe que se nos regaló en el bautismo. ¡Que así sea!

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. D. Álvaro CASTRO CASTRO, Capellán del Centro para Menores y Jóvenes “Teresa de Calcuta, en Brea de Tajo, 2 de enero de 2008.

Rvdo. D. Fernando José GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ, Capellán del Centro para Menores y Jóvenes “Los Olivos”, en Tielmes de Tajuña, 2 de enero de 2008.

DEFUNCIONES

El día 10 de enero de 2008, en el Monasterio de las Concepcionistas Franciscanas de la Inmaculada Concepción, en Alcalá de Henares, falleció la Hermana Asunción López Sánchez la edad de 76 años y 32 de edificante vida religiosa en la Comunidad, nació en Camarma de Esteruelas. Era muy observante, caritativa y piadosa. Fue Abadesa y Vicaria del Monasterio.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día quince de enero de 2008, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, de Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal, correspondiente a este mes, que consistió en un retiro espiritual.

Tras el rezo de la Hora Intermedia, comenzó el retiro que fue dirigido por el Rvdo. D. Sebastián Taltavull, Director de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. A lo largo de dos meditaciones presentó algunos puntos que ayudaron a reflexionar sobre la espiritualidad sacerdotal. Después de momentos de silencio y oración personal, ya en la Capilla, se expuso el Santísimo Sacramento para la adoración y oración en común.

A las 13.30 concluía el retiro. Tras dar algunas informaciones de interés general, tuvo lugar la comida en un ambiente de fraternidad.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ENERO 2008

Día 1. Preside la Eucaristía en la Catedral (Alcalá).

Días 2-7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Reunión de arciprestes.

Día 9. Despacha asuntos de la Curia diocesana y visita el Monasterio de Clarisas de San Diego (Alcalá).

Día 10. Reunión del Consejo episcopal.

Visita el Monasterio de Franciscanas Concepcionistas con motivo de la muerte de una monja (Alcalá).

Día 11. Audiencias.

Día 12. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 13. Administra el sacramento del Bautismo en la parroquia de San Pedro (Catedral).

Días 14-18. Participa en los Ejercicios Espirituales para los Obispos de la Conferencia episcopal española (Monte Alina-Pozuelo de Alarcón).

Día 19. Por la mañana, concelebra en la Ordenación episcopal de Mons. Juan-Antonio Martínez Camino, como Obispo Auxiliar de Madrid (Catedral-Madrid).

Por la tarde, preside la Oración ecuménica (Catedral-Alcalá).

Día 20. Por la mañana, Misa con motivo de la restauración del templo parroquial de Santa María del Castillo (Perales).

Por la tarde, bendice los nuevos locales parroquiales (Alalpardo).

Día 21. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 22-25. Visita pastoral a la parroquia de San Diego (Alcalá).

Día 26. Por la mañana, reunión del Secretariado de la Comisión episcopal de pastoral (Alcalá).

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de San Diego (Alcalá).

Por la tarde, administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Santa María (Alcalá).

Día 27. Preside la Misa estacional con motivo de la Visita pastoral a la parroquia de San Diego (Alcalá).

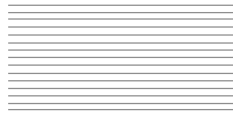
Día 28. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, audiencias.

Días 29-30. Participa en la Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia episcopal (Madrid).

Día 31. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside la Celebración Eucarística con motivo de la Jornada de “Manos Unidas” (Parroquia San Francisco-Alcalá).



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe, en la Solemnidad
de Santa María Madre de Dios,
el día 1 de enero de 2008,
en la Catedral de Santa María Magdalena, en Getafe.

La iglesia nos invita hoy, primer día del año, a celebrar a María Madre de Dios y, a la vez, nos presenta los mejores deseos para el año que comienza y nos propone la Jornada Mundial de Oración por la Paz. Todos estos diferentes aspectos de la Solemnidad de hoy están perfectamente unidos a María. Ella es la Madre de Dios, la Reina de la paz; Ella es la que nos trae los mejores deseos del Señor para el año que comenzamos; y Ella es la que infunde en nosotros serenidad, paz, alegría y, sobre todo, amor.

La primera lectura, tomada del libro de los Números (6,22-27), es una preciosa oración de bendición. La bendición es un deseo de bien. Pero un deseo de bien que se basa en la relación con Dios. Sin relación con Dios es imposible que haya bienes verdaderos para las personas. Bendecir es poner a la persona en relación con Dios para que así, unida al Señor, oriente su vida hacia el Bien Supremo, fuente de todos los bienes. Por eso el sacerdote dice al bendecir: *“El Señor te bendiga y te guarde, el Señor te muestre su Rostro radiante y tenga piedad de ti; el Señor te muestre su Rostro y te conceda la paz”*. Realmente si queremos que el nuevo año sea verdaderamente feliz y próspero debemos estar

muy atentos a esta relación con Dios, debemos desear que el nombre del Señor se invoque verdaderamente sobre nosotros no sólo con una fórmula, sino con una adhesión plena de nuestro corazón y nuestra mente a su voluntad amorosa.

La Virgen María, Madre del Señor, es la que mejor puede acercarnos a esa relación amorosa con Dios. Ella nos dice como en Caná: “haced lo que Él os diga” (Jn 2,5). Ella que, como madre sólo quiere nuestro bien, nos enseña a ser dóciles al Señor, porque por medio de esa docilidad nos vendrán todas las bendiciones.

La segunda lectura presenta el único texto de S. Pablo que habla de María y la presenta como aquella que concibió en su seno al Hijo de Dios: “*Cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (...) para que rescatase a los que estaban sometidos a la Ley y nosotros recibiéramos el ser hijos por adopción*” (Gal 4,4-5). La Redención fue posible porque María fue dócil al Espíritu: María, por su docilidad al Espíritu, hizo posible el Misterio de la Encarnación. Fue una mujer, María, llena del Espíritu de Dios, bendita entre todas las mujeres, la que nos trajo al Salvador. María fue Madre de Dios por obra del Espíritu Santo. Por eso podemos decir que María con su maternidad nos obtiene el don del Espíritu Santo para que nosotros podamos entrar en relación filial con el Padre y vivir todos los acontecimientos que nos vengán, este año y todos los años, en íntima comunión con el Padre, acogiendo el amor del Padre, sintiéndonos seguros y llenos de esperanza en el amor del Padre: “*De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también heredero, heredero de Dios y coheredero con Cristo*” (Gal 4,7). Esto es algo admirable que nos llena de gozo: vivir como hijos de Dios, íntimamente configurados con Cristo, el hijo de María, por el don del Espíritu Santo.

El evangelio de hoy, que es el mismo que fue proclamado el día de Navidad, nos invita a contemplar a los pastores que se dirigen sin vacilaciones al Portal de Belén, donde van encontrar a María, José y el Niño, acostado en un pesebre (cf. Lc 2,16-21). Este encuentro de los pastores con María y con el Niño nos hace comprender el sentido profundo de la maternidad de María. Ella dio a luz a su Hijo que es el Hijo de Dios. Y nos lo entrega a nosotros en una situación de extrema pobreza y debilidad. Parece como si al entregárnoslo nos dijera: ¡cuidadlo! Nos lo entrega acostado en un pesebre, nos lo ofrece para que también nosotros lo disfrutemos y lo cuidemos y se lo ofrezcamos al mundo. María entrega a su Hijo a los hombres como Salvador y Señor y nos lo entrega también como Príncipe de la Paz: el único que puede traer a los hombres la plenitud de la paz.

Por eso, en este día, la Iglesia nos invita a rezar por la paz. Y el Santo Padre, Benedicto XVI, nos ofrece para nuestra reflexión, en esta Jornada Mundial de oración por la paz, un mensaje, que este año tiene por título: “Familia humana, comunidad de paz”. En este mensaje el Papa nos hace comprender algo que en estos días, especialmente en el multitudinario encuentro de las familias del pasado día treinta, en la Plaza de Colón en Madrid, estamos viviendo con gran intensidad: que para alcanzar la paz en el mundo, para que haya tranquilidad y concordia en nuestra sociedad es necesario cuidar la familia y protegerla y afianzarla, porque la familia es el fundamento más sólido para alcanzar la paz.

Y así, el Papa nos va recordado en su Mensaje aspectos esenciales de la familia que hemos de cuidar especialmente. *“la familia natural, en cuanto comunión íntima de vida y de amor, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer es el lugar primario de humanización de la persona y de la sociedad la cuna de la vida y del amor”* (n. 2).

En la familia se experimentan y viven valores que son esenciales para la paz. *“La justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en la necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo”* (n. 3).

Y, de esta manera, la familia se convierte en la primera e insustituible educadora de la paz, y la célula primera y vital de la sociedad, así como el fundamento mismo de la sociedad. Cuando hay una vida familiar sana y auténtica todo el lenguaje familiar es un lenguaje de paz, un lenguaje que se aprende desde niño, antes que en las palabras, en los gestos y miradas del padre y de la madre, que viven para sus hijos y se sacrifican por ellos y les ofrecen con el ejemplo de su amor matrimonial un signo vivo y eficaz del amor de Dios a los hombres, del amor de Cristo a su Iglesia, dando su vida en la Cruz.

De todo esto se deduce, nos dice el Papa, que no hemos de permanecer impasibles ante los ataques de todo tipo, especialmente de tipo ideológico, que sufre la familia, y ante la falta de protección legal que viven las familias, así como la falta de reconocimiento del gran servicio a la sociedad que están prestando a la sociedad, especialmente las familias numerosas, o las familias que tienen a su cargo personas mayores o enfermas o discapacitadas.

Y, al llegar a este punto, el Papa es sumamente claro y enérgico. *“La negación o restricción de los derechos de la familia al oscurecer la verdad sobre el hombre, amenaza los fundamentos mismos de la paz (...) Quien obstaculiza la institución familiar, aunque sea inconscientemente, hace que la paz de toda la comunidad nacional e internacional sea frágil, porque debilita lo que de hecho es la principal fuente de la paz”* (nn. 4-5).

Y a continuación señala cuales son esos obstáculos. *“Todo lo que contribuye a debilitar a la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, lo que directa o indirectamente dificulta la disponibilidad para la acogida responsable de una nueva vida, lo que se opone a su derecho de ser la primera responsable de la educación de los hijos, es un impedimento objetivo para el camino de la paz”* (n. 5).

Realmente, lo que la humanidad se juega en este campo de la familia es sumamente grave para la causa de la paz. Y no tenemos más que abrir los ojos para comprender que la causa de muchos desordenes sociales, de muchos conflictos, de mucho sufrimiento y de mucha violencia está en el deterioro de la familia. Y la frivolidad con la que muchos medios de comunicación están tratando los asuntos familiares está siendo en gran medida responsable de lo que está sucediendo.

Por eso en este día primero del año, pedimos al Señor que cuide y proteja a nuestras familias y a todas las familias del mundo; y que abra los ojos y mueva las conciencias de los que tienen responsabilidades públicas para que pongan los medios necesarios para ayudar y proteger a las familias.

Y, en esta Solemnidad de María, Madre de Dios, volvemos hacia ella nuestra mirada pidiendo su intercesión. Oremos para que el influjo de María se extienda por el mundo entero tan necesitado de alegría, de confianza y de paz. Oremos, en particular, por las familias que sufren y por los países donde hay guerras y violencia.

Que la Virgen María, Madre de Dios y Reina de la Paz interceda por nosotros. Amen.

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe,
en la Solemnidad de la Epifanía del Señor,
6 de enero de 2008, en la Catedral
de Santa María Magdalena, en Getafe

Toda la liturgia de este tiempo de Navidad y, en particular de esta Solemnidad de la Epifanía, no habla de la luz divina que orienta nuestras miradas hacia el Niño, nacido en Belén: luz que guía a los pastores hasta el portal de Belén; luz que conduce a los magos, después de una larga peregrinación, hasta Jesús, Rey de los judíos; luz que resplandece en el corazón de todos aquellos que con un corazón sincero buscan la verdad; luz que, hoy también, brilla en medio de nosotros para llenarnos de gozo y de esperanza. *“¡Levántate y brilla, Jerusalén, que brilla tu luz; la gloria del señor amanece sobre ti; Mira: la tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti y caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora” (Is. 60,1 y ss).*

En su búsqueda espiritual el ser humano ya dispone naturalmente de una luz que le guíe: Es la luz de la razón, una luz, gracias a la cual el hombre puede orientarse y, con la que, muchas veces, en medio de dudas y oscuridades, puede caminar en la vida. Gracias a la luz de la razón, en muchas ocasiones a tientas, el hombre va caminando hacia su Creador. En esa búsqueda es muy fácil perder el

camino. Pero Dios no abandona al hombre herido por el pecado. Por eso Él mismo ha venido en su ayuda con la luz de la Revelación: una luz que alcanza en Cristo su plenitud: Él es la Palabra eterna de Dios, por la que el mundo fue creado, y la Verdad total que ilumina al hombre que busca a tientas el sentido a su vida.

La Epifanía celebra la aparición en el mundo, no sólo en el pueblo judío sino también en todos los pueblos paganos, de esta luz divina, con la que Dios ha querido salir al encuentro de la débil luz de la razón humana. Podemos decir que en la fiesta de hoy se nos ofrece esa íntima relación, absolutamente necesaria para llegar a la plenitud de la verdad entre el corazón del hombre, que busca el sentido último de la vida y la luz de Dios: la relación entre la razón y la fe, “las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” (Juan Pablo II, *Fides et ratio*).

Los magos venidos de Oriente son un ejemplo de ese encuentro entre la razón humana que busca la verdad y la luz de Dios que sale a su encuentro. El evangelista S. Mateo nos dice que, cuando al fin llegan los magos a la meta de su peregrinación “*entraron en la casa, sobre la que se había detenido la estrella, vieron al Niño con María, su Madre y cayendo de rodillas lo adoraron*” (Mt 2,11). Lo que podríamos llamar el camino exterior de aquellos hombres, buscadores de la verdad y de la luz, termina al encontrarse con Jesús.

Pero, a partir de aquel momento, ante lo que acaban de ver, comienza en ellos un camino interior, una peregrinación espiritual, un cambio de mentalidad, todo un proceso de conversión. Es el camino espiritual que tiene que recorrer todo cristiano. El camino al que nos invita la liturgia de hoy.

Los Magos seguramente se habían imaginado de un modo muy distinto a ese Rey recién nacido. Sabían que el mundo estaba desordenado y por eso estaban inquietos. Estaban convencidos de que Dios existía y que era un Dios justo y bondadoso. Tal vez habían oído hablar también de las grandes profecías en las que los profetas de Israel habían anunciado la llegada de un rey que restablecería el orden en el mundo. Y se habían puesto en camino para encontrar a ese rey. En lo más hondo de su ser, como tantos hombres de buena voluntad, buscaban el derecho, la paz y la justicia. Ese hambre y sed de verdad fue la que les impulsó a emprender el camino. Los magos se hicieron peregrinos para alcanzar la justicia que esperaban de Dios y para ponerse a su servicio.

Y para iniciar ese camino tuvieron que superar muchos obstáculos. Los obstáculos interiores de su propia comodidad, de su rutina y de sus dudas. Y también, los obstáculos de su entorno más cercano, de su propio ambiente: muchos le considerarían utópicos y soñadores. Pero, venciendo estas resistencias, las propias de aquellos que buscan la verdad, se ponen en camino. Es el camino de la fe. El camino que tuvo que recorrer Abraham, siguiendo el mandato de Dios de salir de su tierra y el camino que tuvo que emprender el pueblo elegido hasta llegar a la tierra de la promesa: un camino lleno de sacrificios y privaciones en el que continuamente se veían acechados por la tentación, el miedo y el cansancio.

Sin embargo, los Magos superando todos los obstáculos emprenden el camino y finalmente llegan a la meta. Pero, al llegar a Belén, empieza para ellos lo más difícil. Lo que se encuentran en Belén no es lo que ellos imaginaban. Al llegar a Belén se encuentran con una pobre criatura, sin más honores, riquezas y protección que el regazo de su madre y la mirada atenta y vigilante de José, el esposo de María. El nuevo rey, ante el que se postran en adoración era muy diferente de lo que ellos esperaban. Es un Rey que muestra su poder en la debilidad.

A partir de ese momento empieza su peregrinación interior. Tienen que imaginarse a Dios de un modo diferente. Tienen que aprender que Dios, el Dios de Belén, es un Dios diverso de cómo acostumbramos a imaginarlo. Los magos tienen que iniciar todo un camino interior de fe y de conversión. Deben cambiar su idea sobre el poder, sobre Dios y sobre el hombre. Y de esta manera, cambiar también su idea sobre ellos mismos y sobre su misión en el mundo.

Los Magos, ante el Misterio de Belén, tienen que aprender un nuevo estilo de vida y un modo nuevo de situarse en el mundo. Tienen que aprender el estilo de Dios. Y el estilo de Dios es el del amor que se entrega en la debilidad para confundir a los fuertes, porque *“la debilidad divina es más fuerte que los hombres”* (I Cor 2,24-25). Dios tiene un modo de ejercer el poder muy diferente del de los hombres: Dios manifiesta su poder con el perdón y la misericordia. El poder de Dios es el de la verdad, el de la bondad, el de la compasión. Esto es lo que se manifestó Belén. Y esto es lo que salvará el mundo.

Ante el Misterio de Belén, con la actitud humilde de los Magos, tenemos que preguntarnos: ¿cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? El Señor responderá a esta pregunta, más tarde en su vida pública: *“El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y*

venga conmigo, porque el que quiera ganar su vida la perderá, pero el que la pierda por el evangelio la ganará” (Lc 9,23). El camino que Jesús nos propone no es el de entrar en competencia con los poderes de este mundo, sino el de ser fermento de vida y de esperanza entre los hombres, el de ser sal que de sabor y gusto a todas las realidades humanas y las preserve de toda corrupción; el de proponer caminos de vida frente a las estructuras e ideologías que justifican la muerte; el de defender en todo momento la dignidad del ser humano y su libertad.

Los Magos que vienen de Oriente son los primeros de una larga lista de hombres y mujeres que en su vida han buscado constantemente con los ojos de la fe la estrella de Dios. Han buscado las huellas que nos muestran su presencia: Esa luz divina que brilla en el corazón de todo hombre que aman sinceramente la verdad y el bien. Los Magos son los primeros de una gran muchedumbre que ha sabido buscar y encontrar al Dios cercano a nosotros, al Emmanuel (Dios-con-nosotros), al Dios que *“nos enseña el camino de la vida y nos sacia de gozo en su presencia”* (S 15,11). Es la muchedumbre de los santos, conocidos y desconocidos, mediante los cuales Dios nos ha mostrado, a lo largo de la historia, el Evangelio de la Vida, la Buena Nueva de la Salvación. En sus vidas, en las vidas de los santos, es donde descubrimos el estilo de Dios y su modo peculiar de salvar a los hombres. Los santos son la estela luminosa que Dios ha dejado en la historia para que nos acerquemos a Él, para que aprendamos a vivir a la manera de Dios.

Que en la Solemnidad de la Epifanía del Señor, sintamos todos un deseo profundo de buscar a Dios, y una gran humildad para descubrirle en las realidades pequeñas de cada día. Que como nos dice S. León Magno en el Oficio de Lectura aprendamos a ser dóciles y obedientes a los signos de Dios: *“La docilidad de los magos a esta estrella nos indica el modo de nuestra obediencia, para que, en la medida de nuestras posibilidades, seamos servidores de esa gracia que llama a todos los hombres a Cristo. Animados por este celo, debéis aplicaros a sernos útiles los unos a los otros, a fin de que brilléis como hijos de la luz en el Reino de Dios”* (Sermón 3).

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar,
Obispo de Getafe,
DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
(Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado –
20 de Enero de 2008)
Retransmitida por TVE

Queridos hermanos aquí presentes en este Templo Parroquial de S. Martín de la Vega y queridos hermanos que nos estáis siguiendo a través de las antenas de TVE.

En el marco del Octavario por la Unidad de los Cristianos, en el que todos los que creemos en Jesucristo nos unimos pidiendo a Dios que nos conceda el don de la unidad, hemos comenzado nuestra Celebración con una oración, la oración propia de este Segundo Domingo del Tiempo Ordinario, que expresa uno de los deseos más hondos del corazón humano, el deseo de la paz: “*Dios todopoderoso, escucha paternalmente la oración de tu pueblo y haz que los días de nuestra vida se fundamenten en tu paz*” La paz es el bien más deseado. Sin paz es imposible la felicidad. Juan XXIII, en su encíclica *Pacem in Terris*, nos decía que la paz es “*un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia sustentado y henchido por el amor y realizado bajo los auspicios de la libertad*” (n. 167). Estos son los cuatro pilares sobre los que se sustenta la paz: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Una vida plenamente humana y pacífica ha

de buscar sinceramente la verdad, ha de fundamentarse en la justicia, ha de crecer en el amor y ha de desarrollarse en un clima de verdadera libertad. Esto es lo que, en el fondo, todos los hombres buscamos y esto es lo que necesitamos. Y, sin duda, son muchos los que sinceramente se esfuerzan por alcanzar este ideal de vida en ellos mismos y en la sociedad.

Sin embargo, los hechos que diariamente vivimos y nuestro propio desorden interior parecen desmentir este bello ideal. Empezando por la verdad, muchos se preguntan escépticamente como Pilato : ¿qué es la verdad? ¿existe realmente la verdad? Y ¿qué decir de la justicia?, ¿dónde encontrar los fundamentos de una verdadera justicia? Y ¿qué decir del amor? Pocas palabras han sido tan manipuladas y maltratadas como la palabra “amor”. Y, en medio de esta confusión, ¿cómo podemos hablar de libertad? Si la libertad se separa de la verdad, del amor y de la justicia, ¿qué queda? No queda nada. La libertad acaba convirtiéndose en puro desenfreno que termina por destruir al hombre.

Si en la oración de hoy hemos acudido al Señor pidiéndole que los días de nuestra vida se fundamenten en la paz es porque sabemos y creemos que sólo Dios puede poner orden en nuestra vida y sólo Él puede llenar de luz nuestra oscuridad. Si acudimos al Señor es porque sabemos que nuestra vida procede de Él y sabemos que si existimos no es por casualidad. No somos fruto del azar; somos fruto del amor. Dios nos ha creado por amor. Y sabemos también, por la fe, que la existencia del hombre, que brotó un día de las manos del Creador llena de belleza y armonía, tiene como vocación y destino la felicidad de la plena comunión con Él y con la obra que Él ha puesto en sus manos. Esa vocación primera ha quedado impresa indeleblemente en nuestro corazón de tal manera que nunca podrá borrarse.

Pero sabemos también que el desorden entró en el mundo y que el ser del hombre quedó herido en lo más íntimo. Ese desorden es el pecado y la huida de Dios; y esa herida íntima es el engaño de creer, en un delirio de omnipotencia, que el hombre puede encontrar en sí mismo el fundamento de su propio ser y que apartándose de Aquél que le dio la vida, puede encontrar en su propia fragilidad, claridad y consistencia.

El mal, el desorden, el pecado no es algo que se añada a la existencia del hombre, sino que es algo que se le quita. El mal es ausencia de ser, es ausencia de vida, es ausencia de amor, es regreso al no ser y a la nada. Cuando el hombre se

aparta del manantial de la vida que es Dios, ya no es capaz de encontrar su destino y por eso languidece y muere de sed en medio de la confusión y la injusticia. El ser humano y todas las criaturas son, y existen, y encuentran su lugar y viven en armonía cuando permanecen vinculadas al Ser Supremo, al Dios que es Amor. Y cuando se desvinculan de Él, mueren. Eso es el pecado: el pecado es muerte y por eso el pecado sólo puede engendrar una cultura de muerte, de violencia y de desesperanza. Ese es el drama de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Ahí está el origen de todas nuestras desgracias y sufrimientos. Y, ante ello, el hombre, por mucho que se esfuerce, es incapaz de salir por sí mismo de esa tragedia.

Hoy el evangelio nos sitúa en las orillas del Jordán donde Juan el Bautista está bautizando. En medio de la multitud aparece Jesús. Nadie reconoce su presencia. Es un desconocido. Es uno más en medio de aquella muchedumbre. Pero el Bautista, por inspiración divina, le reconoce, sabe quién es y sabe cual es su misión: *“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29)”*: este es el que os bautizará con el Espíritu Santo para regenerar, cuando resucite, a la humanidad entera, este es el Elegido de Dios, el Hijo de Dios.

Cuando Juan el Bautista reconoce a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, está señalando el destino de Jesús y su misión redentora. Jesús como el cordero pascual que sacrificaban y comían los judíos para conmemorar la salida de Egipto, su paso de la esclavitud a la libertad, también va a ser sacrificado y también va a convertirse en alimento para que el mundo tenga vida, para que el mundo recupere la vida de Dios. Jesús es Dios mismo entre los hombres, es el Hijo de Dios entregado a los hombres, entregado a la libertad de los hombres para reconstruir sus vidas, para curar sus heridas, para sacarles del abismo profundo del pecado. Jesús es el Cordero de Dios inmolado, sacrificado, entregado a los hombres, que cargó con nuestros pecados y después de destruirlos en la cruz, con su resurrección gloriosa, como el primogénito de una nueva humanidad, nos abrió las puertas de la vida.

El amor infinito del Señor de la Historia no abandonó en el pecado al hombre que había creado, sino que envió a su Hijo. Y este Hijo, ofreciéndose en la fragilidad de una existencia humana, nos ha revelado a los hombres nuestro verdadero destino. Él ha mostrado a la humanidad entera, y a cada uno de nosotros en particular, que nuestra vocación última es alcanzar la plenitud del amor, entrando en comunión con el Misterio inefable de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo de Dios vino al mundo, como decía Santo Tomás de Aquino, para hacer público el

nombre de la Trinidad. El Hijo de Dios vino al mundo para recorrer con nosotros el camino que nos conduce a la meta para la que hemos sido creados, para que los días de nuestra vida se fundamenten en la paz; y para que así, el hombre en camino, asido a la cruz de Cristo, pueda contemplar con esperanza y realizar con gozo, ya en este mundo, la meta tan deseada de la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Los que, por la gracia de Dios hemos conocido a Cristo y hemos creído en Él: tenemos la firme convicción y la plena confianza, y así se lo queremos comunicar a todos los hombres, que los deseos, aspiraciones y esfuerzos personales y sociales, encontrarán su verdadero sentido en el camino que el Verbo de Dios, Jesucristo, el Cordero que quita el pecado del mundo ha querido hacer con los hombres: Él es el camino, la verdad y la vida; o como comenta S. Agustín : Él es el camino que nos conduce a la verdad y a la vida.

Y desde esta perspectiva de esperanza hemos de enfocar un tema de extraordinaria envergadura que hoy la Iglesia, en este día de la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado, nos propone para nuestra reflexión. El Papa en el mensaje que, con motivo de esta Jornada, nos ha dirigido pone especialmente su mirada en los jóvenes emigrantes, e invita a todos -a las instituciones públicas, a las organizaciones humanitarias, a la Iglesia Católica y a los propios emigrantes-, a afrontar esta realidad con gran responsabilidad, reconociendo siempre la dignidad de la persona humana y sus derechos fundamentales inalienables y, en el caso de los jóvenes emigrantes, buscando, entre todos, cauces para una educación adecuada que haga posible que el mismo sistema escolar ofrezca caminos específicos de integración apropiados a sus necesidades, tratando siempre de crear en las aulas un clima de respeto recíproco y de diálogo entre los alumnos, sobre la base de los principios y valores universales que son comunes a todas las culturas

Para alcanzar todo esto, pongamos hoy, como Juan el Bautista, nuestra mirada en el Señor, Jesús. Si permanecemos unidos a la Cruz de Cristo, el Cordero inmolado que quita el pecado del mundo, seremos capaces de cambiar nuestra mentalidad y de abrirnos a la luz de la verdad y de la misericordia divina. La cruz de Cristo cambiará nuestros esquemas, dará a nuestras vidas una orientación definitiva y hará que un día, por la participación en la Resurrección gloriosa del Señor, podamos celebrar plenamente lo que el Apocalipsis llama “las Bodas del Cordero”, para cantar eternamente con los bienaventurados: *“Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza”* (Ap 5,12-14). *“Alegrémonos y regocijémonos y démosle*

gloria porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa, la Iglesia, se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura, el lino de las buenas obras. Dichosos los invitados a las bodas del Cordero” (Ap 19,7-9).

Esto es lo que ahora, como primicia, celebramos en la Eucaristía: El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, nos invita, en la Eucaristía, al banquete de la Vida, nos invita a entrar en plena comunión con Él, alimentándonos con su Cuerpo y con su Sangre. Él ha destruido nuestro pecado y nos ha mostrado el camino de la verdad para que nosotros, con su gracia, en medio del mundo, construyamos la paz: “ese orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por el amor y realizado bajo los auspicios de la libertad” (n. 167).

Que el Señor y su Santísima Madre, la Virgen María, nos ayuden a recorrer el único camino capaz de convencer al mundo, el camino del testimonio. Que no tengamos miedo a exponernos ante el mundo mostrando un estilo de vida que salva y dignifica al hombre. Y que seamos capaces de afrontar los riesgos de la cruz de Cristo, viviendo con Él este misterio de amor que ahora se va a realizar sacramentalmente en la Eucaristía. Amen.

Homilía de D. Joaquín M^a López de Andújar ,
Obispo de Getafe, con motivo
de la PROFESIÓN DE SOR MARÍA MAGDALENA

(Valdemoro – 20 de Enero de 2008)

Demos gracias a Dios en este día por haber llamado a nuestra hermana Sor María Magdalena de Jesús Eucaristía, a vivir en íntima comunión con Él, haciendo de su vida un himno de alabanza a Dios y un “signo de la unión exclusiva de la Iglesia-Esposa con su Señor” (*Vita Consecrata* n. 59).

Juan Pablo II nos dice en su Exhortación Apostólica “Vita Consecrata”: *“La vida de las monjas de clausura, ocupadas principalmente en la oración, la ascesis y el progreso ferviente de la vida espiritual, no es otra cosa que un viaje a la Jerusalén celestial y una anticipación de los últimos tiempos cuando la Iglesia entera viva completamente abismada y absorta en la posesión y contemplación de Dios”* (n. 59). Una vida abismada y absorta en la contemplación de Dios: esa es la vocación última a lo que todos estamos llamados, ahí encontraremos la felicidad definitiva. Pero esa vocación última, con frecuencia se nos olvida. Y nuestra vida se ve dividida, dispersa y atraída por muchos intereses. Por eso podemos decir que las comunidades de vida contemplativa son un gran don para la Iglesia y para la humanidad. Podemos decir, con toda verdad, que las comunidades de clausura puestas como ciudades en el monte y como luces en el

candelero prefiguran visiblemente la meta hacia la cual camina toda la Iglesia y nos recuerdan constantemente, a los que vivimos en medio de las actividades y responsabilidades de la vida ordinaria, que nuestra meta es el cielo, que somos ciudadanos del cielo, que, como decía Jesús a los apóstoles “*nuestros nombres están inscritos en el cielo*” (Lc 10,20) y que, por tanto, nuestro destino último es alcanzar la plenitud del amor divino, en el Misterio inefable de la Santísima Trinidad. Y todo lo demás sólo vale si nos ayuda a alcanzar esta meta definitiva.

En la oración de consagración pediremos especialmente por Sor María Magdalena para que, cumpliendo esta maravillosa misión “*sea siempre fiel a Jesucristo, su único Esposo, ame a la Madre Iglesia con una caridad activa y sirva a todos los hombres con amor sobrenatural, siendo para ellos testimonio de los bienes futuros y de la esperanza bienaventurada*”.

La historia de la vocación de Sor María Magdalena es, como toda vocación cristiana, una vocación de amor. Pero en ella, esta vocación de amor, por una gracia especial del Señor tiene un carácter muy especial y muy excepcional; y, por tanto, muy difícil de entender para mentalidades sumergidas en una cultura que sólo valora lo que podemos palpar con los sentidos y tocar con nuestras manos. Para entender la vocación de Sor María Magdalena hay que entrar en el camino de la fe. Y, por este camino, descubrir que si somos criaturas de Dios, si Dios está en el origen de nuestro ser y Dios es nuestro último fin, si Dios es la fuente del amor y de la vida, cuanto más directa y más prolongada y más íntima sea nuestra relación con Él, mayor será nuestra felicidad y más fecunda será nuestra vida.

El profeta Oseas, tal como hemos escuchado en la primera lectura, describe bellamente esta íntima relación con Dios, como una relación esponsal de mutua donación y de mutua entrega. El alma enamorada que busca a Dios es como la esposa que busca el amor del esposo y sólo en él, en la intimidad con él, lejos de otros intereses y afanes, encuentra su reposo y su felicidad: “*Esto dice el Señor: yo la cortejaré y me la llevaré al desierto y le hablaré al corazón (...) Aquel día –oráculo del Señor– me llamará “esposo mío”, no me llamará “ídolo mío”. Me casaré contigo en matrimonio perpetuo, me casaré contigo en derecho y justicia, en misericordia y compasión, me casaré contigo en felicidad y te penetrarás del Señor*” (Os 2,14-16).

Sólo una gracia especial de Dios, como la que ha recibido Sor María Magdalena, puede hacer posible este deseo íntimo de unión exclusiva con Dios, renun-

ciando a muchos bienes terrenales y a muchos amores humanos, y entrando en un camino de renuncia y soledad en la vida escondida del claustro. Sólo un amor muy grande, un amor y un gozo que supera todos los amores y gozos de este mundo, puede explicar unas renunciaciones tan grandes. Es un amor que llena de dicha y que queda marcado de forma indeleble en el corazón.

“Dichoso aquel -decía Santa Clara a Inés de Praga- a quien le es dado alimentarse en el banquete sagrado y unirse en lo más íntimo del corazón a Aquel cuya belleza admiran sin cesar las multitudes celestiales: cuyo afecto produce afecto, cuya contemplación da nueva fuerza, cuya benignidad sacia, cuya suavidad llena el alma, cuyo recuerdo ilumina suavemente (...) Él es el espejo que debes mirar cada día ¡oh reina, esposa de Jesucristo! Y observar en Él reflejada tu faz (...) en ese espejo brilla la dichosa pobreza, la santa humildad y la inefable caridad”.

Ciertamente cuando uno se siente tocado por esta gracia divina no hay fuerza humana que pueda contenerle. Eso es lo que le sucedió a Santa Clara cuando, a los dieciocho años, en aquella noche memorable del domingo de Ramos del año 1212 huye de su casa, donde le esperaba un porvenir muy brillante, y se lanza sin titubeos a una aventura, para los ojos del mundo descabellada. El descubrimiento del evangelio, predicado por Francisco de Asís, como una perla preciosa, cautiva su corazón y llena su vida de una inmensa luz; y, a partir de aquel momento, toda su existencia queda sumergida en el Corazón de Cristo, pobre y crucificado, viendo cómo esa unión con el Señor la transforma: *“Coloca tus ojos - escribe también a Inés de Praga - ante el espejo de la eternidad, coloca tu alma en el esplendor de la gloria, coloca tu corazón en Aquel que es figura de la sustancia divina y transfórmate totalmente, por medio de la contemplación, en la imagen de su divinidad. Entonces también tú experimentarás lo que está reservado únicamente a sus amigos y gustarás la dulzura secreta que Dios ha reservado, desde el inicio, a los que ama. Sin conceder siquiera una mirada a las seducciones que en este mundo falaz y agitado tienden lazos a los ciegos para atraer hacia ellas su corazón, con todo tu ser ama a Aquel que por tu amor se entregó”* (Cartas III 12-15 FF 2888-2889).

Hoy se cumple, Sor María Magdalena, lo que hemos cantado en el salmo 44. El Señor se ha fijado en ti y te llama para estar siempre con Él y vivir sólo para Él y gozar y sufrir siempre en Él. Y te pide que respondas a su llamada con un “sí” confiado y gozoso como el “sí” de la Virgen María en la Anunciación. Hoy el Señor

te dice con las palabras del salmo: *“Escucha hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna, prendado está el rey de tu belleza, póstrate ante Él, que Él es tu Señor”*.

Sí, Sor María Magdalena, no tengas ningún temor, póstrate ante Él, que Él es tu Señor y Él nunca te va a defraudar. Ofrecele a Dios tu vida, como sacrificio de alabanza y verás cómo tu vida se convertirá en faro luminoso para la Iglesia y para la humanidad entera, verás cómo el ejemplo de tu vida, con la ayuda del Señor, moverá al Pueblo de Dios a dar frutos de santidad y a crecer en fecundidad apostólica. Y así, llena de Dios, verás cómo tu capacidad de amor irá aumentando de día en día: amor de esposa, amor de hermana y amor de madre.

Con tu amor de esposa te sentirás cada día más atraída y seducida por Jesucristo, tu Esposo y, en los momentos de oscuridad, te agarrarás a su cruz, participando con Él misteriosamente en la redención del mundo.

Con tu amor de hermana vivirás con tu comunidad el gozo de la fraternidad y te sentirás feliz viviendo con tus hermanas la alegría del evangelio y compartiendo con ellas la oración y la formación y la pobreza y el trabajo ¡toda la vida!

Y, con tu amor de madre, como virgen fecunda, igual que María, entregarás tu vida para que otros tengan vida y esperanza y, junto con tus hermanas, harás de este monasterio un lugar de oración y una casa de acogida para todas aquellas personas, especialmente jóvenes, que buscan una vida sencilla y transparente, que les hable de Dios. Decía Benedicto XVI: *“Cuanto más profundamente sumergida esté una época en la noche del sufrimiento, de la desesperanza y del “sin sentido”, tanto más se necesitan almas que estén íntimamente unidas a Jesucristo y que nos hagan comprender que Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en nuestra vida, sino que lo lleva todo a su perfección”* (XX Jornada Mundial de la Juventud, Colonia, 18.VIII.2005).

Esta es tu vocación Sor María Magdalena ¡que hermosa vocación! Vocación de amor, en la intimidad con Dios y en el corazón de la Iglesia: amor de esposa, amor de hermana, amor de madre. Que el Señor te llene siempre de sus bendiciones y te haga sentir el gozo de su presencia.

Y Que la Virgen María sea el ejemplo permanente de la entrega plena a la voluntad divina. En el Evangelio que ha sido proclamado la hemos visto a los pies

de su Hijo crucificado pronunciando un segundo “Fiat”, un segundo “hágase”, como el de la anunciación: *“Jesús, al ver a su madre y al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: ahí tienes a tu hijo; luego dijo a su Hijo: ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”* (Jn 19,26-27). A partir de ese momento la Madre del Redentor, empieza también a ser la Madre de los redimidos.

A ella le encomendamos, en este día de su profesión solemne, a Sor María Magdalena y a esta Comunidad de Hermanas Clarisas de Valdemoro tan querida en nuestra Diócesis:

Virgen María, tú que siempre has hecho la voluntad del Padre, tú que has vivido con docilidad la obediencia, has sido intrépida en la pobreza y acogedora en la virginidad fecunda, alcanza de tu Divino Hijo, que esta hermana nuestra que ha recibido el don de seguirlo en la vida contemplativa, sepa testimoniarlo con una vida transformada, caminando gozosamente, junto con las hermanas de su comunidad hacia la patria celestial y la luz que no tiene ocaso (cf. VC 112). Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

D. Antonio Díe López, Capellán del Monasterio “Corazón de Jesús y san José” de las MM Carmelitas Descalzas de la Aldehuela, en Getafe, el 1 de septiembre de 2008-02-08

D. Mario Erostarbe Ballesteros, Capellán de la Residencia Santa María del Silencio, en Cubas de la Sagra, el 2 de enero de 2008.

D. Ángel Álvarez López y D. Jesús García Guzmán, Patronos de la Fundación Hermanos Aparicio de la Peña, Escuela de los Sagrados Corazones de Jesús y María, el 23 de enero de 2008.

D. Francisco Expósito Soriano, Director Diocesano de Apostolado de la Oración, el 25 de enero de 2008.

DEFUNCIONES

D. Francisco Sánchez Blázquez, padre del Responsable de Comunicación de Cáritas diocesana de Getafe, D. Jesús Sánchez, falleció en Navacarnero, el 10 de enero de 2008, a los 79 años de edad.

D. Alfonso Garrido Sanz, OSA, que fue Párroco de Ntra. Sra. de la Consolación, en Móstoles, falleció en Valladolid, el 25 de enero de 2008, a los 68 años de edad.

Dña. Carmen Moreno Ramos, madre de seis hijos, uno de ellos D. Ángel Gutiérrez, sacerdote de la Diócesis de Osma-Soria, que vive en Móstoles, falleció en Móstoles, el 29 de enero de 2008, a los 92 de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

